

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Matar un cuervo

Brigitte se halla en la encantadora y exótica terraza de su apartamento cuando recibe la orden de ir a MATAR UN CUERVO. Podría haber una trampa del espionaje enemigo, pero Brigitte piensa que resulta increíble que, para cazar a un tierno corderillo como ella, utilicen como cebo a un magnífico león…



Lou Carrigan

Matar un cuervo

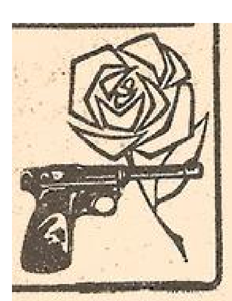
Brigitte en acción - 032

ePub r1.0
Titivillus 29.06.2017

Lou Carrigan, 1965
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

—¡Pues no estoy dispuesto a pagar más facturas de esta clase, de estas cantidades tan desorbitadas, tan… tan…!

Brigitte frunció la boquita, se subió los lentes de sol, y, desde su cómoda y provocativa postura de tumbada en la terraza, miró amablemente a Miky Grogan, que se había atragantado vociferando.

—¿Tan escandalosas? —sugirió.

—¡Eso es! ¡Escandalosas!

—Es usted un tacaño.

Y dicho esto Brigitte volvió a colocarse los lentes oscuros y a gozar plácidamente del sol, como si Grogan no se hallara allí.

Estaban en la terraza con piscina (diminuta, pero piscina al fin) que había en el nuevo apartamento de Brigitte, en el piso veintisiete del Crystal Building, sito en la Quinta Avenida. En la terraza había además algunas palmeras enanas, dos parasoles, una mesita de cristal y aluminio, un pequeño televisor en un rincón protegido del sol, y algunas sillas extensibles. Brigitte estaba tendida sobre una toalla de colores, junto a la piscinita. Y Miky Grogan ocupaba una de las extensibles, rojo el rostro, pero no debido al benéfico sol, sino a la impresión de haberse oído llamar tacaño por la bellísima Brigitte.

—¿Yo tacaño? —rugió—. ¿Tacaño yo?

—Usted tacaño. Tacaño usted —dijo Brigitte, conteniendo la risa —. ¡Vamos, que es usted tacañísimo, querido jefe!

—¡No me llame «querido»!

Brigitte se subió un poquito la pieza superior del bikini, con lo que Miky Grogan se perdió una buena panorámica…, y no precisamente de la ciudad de Nueva York, ni del Central Park, que lo tenía delante mismo, al otro lado de la avenida. Pero quedaba lo suficiente para que la temperatura se mantuviera alta… Lo cual tampoco era debido al hermoso sol del cálido día de verano.

—¿Cómo debo llamarlo?

—¡Soy su jefe, el hombre que le da órdenes y que paga sus… su salario!

—¡Salario! —exclamó Brigitte—. ¡Qué palabra más horrible! Sabe muy bien que la detesto por otras razones[1], de modo que podría ser, un poco más delicado y considerado conmigo y con mis recuerdos… tristes. Podría emplear cualquier otra palabra: honorarios, emolumentos…

—¡Sea lo que sea lo pago yo!

—Usted no ignora, querido, que yo tengo más dinero del que usted me puede pagar, y que si trabajo es más por solidaridad con la Humanidad que por necesidades económicas. Y no sólo trabajo, sino que además, si es necesario, me juego la vida por mis semejantes… ¡Y usted grita porque le pido unos centavos que satisfagan mi dignidad de ser humano que, puesto que trabaja, debe cobrar! ¡Y cobrar bien, además, no unas migajas! Porque ya me explicará usted qué tiene que ver unos papelotes con números y el esfuerzo y la penalidad humana de trabajar cada día, es decir, dedicar a ese sufrimiento humano que es el trabajo parte de…

—¡Usted… usted es una agitadora de masas! —barbotó Grogan.

Brigitte suspiró y se sentó, como desalentada. Se quedó mirando la transparente agua de la piscinita, y volvió a subirse un poco el corpiño del bikini. Luego miró complacida sus fantásticas piernas, sus lindos pies cuyas uñas estaban bellamente esmaltadas. Después miró sus manos, sus hermosos brazos… Se acarició lentamente la delgadísima, esbelta cintura, y volvió a suspirar.

—¡Qué hermosa soy, jefe! —exclamó. Miky Grogan volvió a enrojecer.

—¡Brufff! —bufó.

—¿No le parezco hermosa?

—¿Qué demonios quiere ahora? ¿Que le diga cosas bonitas?

—Pues, querido, eso sería mejor que mostrarse tan tacaño… Vamos a ver: ¿soy o no soy hermosa? Grogan aprovechó la ocasión para examinar detenidamente todos los detalles que, en efecto, hacían de Brigitte Montfort una mujer supersensacionalmente espléndida.

—Muy hermosa —refunfuñó por fin.

—Gracias por su espontánea admiración —se burló la muchacha

—. Y ahora dígame: ¿cree que una mujer tan hermosa como yo puede vestir de cualquier manera?

—Pues… Esto… Bueno…

—¿Verdad que no? Si yo me vistiese con ropas vulgares sería como… como si alguien engarzase un brillante en un anillo de madera en lugar de platino o, cuando menos, oro; o al revés, que engarzase un garbanzo en un anillo de platino o de oro. Lo bueno debe realzarse, querido jefe, para honra y disfrute visual y psicológico de la Humanidad entera. ¿No lo cree usted así?

—Bien… Bueno, supongo… que sí.

—Entonces… ¿por qué discute tanto mis facturas, que, por otra parte, siempre están relacionadas con mi trabajo a sus órdenes?

—¡Porque son escandalosas!

—Tiene razón —admitió mansamente Brigitte—. Pero dígame un nombre…, sólo un nombre de reportero que le produzca más beneficio y más prestigio que yo en el periódico, y le prometo ser más cuidadosa con mis facturas.

—¡Eso es chantaje!

—¿Chantaje? Querido jefe, hace ya un tiempo que le estoy proporcionando los más sensacionales artículos que pueda apetecer el más exigente de los periódicos. No hay en toda Nueva York un solo diario que no estuviese dispuesto a pagarme el doble que usted…, y sin protestar. ¿Por qué siempre tenemos que pelearnos? Sea usted comprensivo…, y yo seguiré trabajando en el Morning News. ¿Qué le ha parecido mi último trabajo? ¡No irá a decirme que lo de Los Ángeles hubiese podido hacerlo uno de esos periodistas baratos a los que usted explota…! ¿Cree que alguno de esos malos periodistas le hubiese hecho vender tres ediciones en un solo día gracias a uno solo de sus artículos[2]?

—No… No, eso no.

Brigitte se dio cuenta de que Grogan comenzaba a ablandarse, pero no quiso abusar de la situación.

—Pues yo lo he conseguido. Y no una sola vez, lo sabe muy bien… El Morning News, que usted dignamente dirige —sonrió guasona—, cuenta con la más famosa periodista del mundo, la más hermosa y activa… ¿Vamos a discutir por una facturita que sólo comprende algunos vestiditos y unos pares de zapatitos?

—¡Vestiditos y zapatitos! —chilló Grogan—. ¡Esta factura suma

veintidós mil dólares!

—Me encontré en Los Ángeles sin nada que ponerme —dijo ella, mimosa—. Y usted no querrá que salga a la calle en bikini, ¿verdad? Sería terrible que otros hombres viesen tanto y tan bonito como ve usted. Y no se sonroje, jefe. Me encanta que me mire… Pero, hijito, un día cualquiera sus ojos se le van a escapar detrás de mi figurita… ¿Será tan amable de agitar esa campanilla para que venga Peggy y nos sirva algo?

Grogan dejo de carraspear, y agitó la campanilla mientras Brigitte continuaba admirándose de su propia hermosura. Miró maliciosamente a su jefe y deslizó:

—¿De acuerdo con la factura, Miky querido?

—De acuerdo —farfulló Grogan.

—Lo celebraremos con algo ligero y fresquito. ¿Qué le parece champán con guinda?

—¿Champán a estas horas? ¡Son las diez de la mañana!

—¿Inventaron el champán para una hora determinada?

El ama de llaves de Brigitte, la rubia, pecosa, graciosa y encantadora Peggy (pero que parecía poco menos que una bruja al lado de la sensacional periodista), apareció en la terraza, y Brigitte le hizo una cariñosa seña.

—Dos con guinda, Peggy, por favor.

—Sí, señorita… Tiene una visita.

—¿Si? ¿Quién es?

—Aquel señor bajito, delgado, con cara de… de malo de película. Tiene unos ojos que parecen… verlo todo. Y dice que es el tío Charlie.

—¡El tío Charlie! —rió Brigitte—. Déjalo que venga él solito a la terraza y que sean tres con guinda.

—Sí, señorita.

Peggy se fue, y segundos después aparecía Charles Alan Pitzer en la terraza, mirando a todos lados… hasta que vio a Brigitte. Entonces se quedó clavado al suelo, la mandíbula inferior colgando tontamente, y jadeó:

—Madre mía…

—¿Qué tal, tío Charlie? —rió la bellísima—. Venga aquí y cuénteme sus penas. No, no, en una silla, no… Aquí, sentadito a mi lado…

Pitzer se sentó en la toalla junto a Brigitte, y se la quedó mirando con ojos desorbitados. Volvió a decir:

—Madre mía…

Brigitte le dio un besito en la frente y le tiró de una oreja.

—¿Hay algo que le sorprenda, tío Charlie?

—Hija, está usted que asesina…

—¿Por fea… o por bonita?

Pitzer tragó saliva, y consiguió desviar la mirada hacia el jefe de reporteros del Morning News.

—Hola, Grogan —le saludó.

—Ah, vamos… ¿Ha conseguido verme? —dijo secamente Grogan. Creí que la maravillosa luz que emana del cuerpo de Brigitte le había dejado ciego.

—No, no… Pero por poco. Vaya, demonios, ¿qué están haciendo los dos tan solos?

—¿Tiene celos? —volvió a reír Brigitte.

—¡Muchísimos! ¡Un horror!

—Pues entonces me voy —farfulló Grogan—. Ya he solucionado el asunto que me había traído aquí.

—Sería mejor que no se fuese —dijo lentamente Pitzer.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Le necesito para que envíe a Brigitte a las Bahamas en misión… periodística.

Peggy apareció con una bandeja conteniendo tres copas de champán muy frío con sendas guindas rojas de bellísimo tono. Debía de tener una percepción especial, porque sirvió las copas rápida y hábilmente y desapareció. Pitzer bebió un sorbito con evidente satisfacción mientras miraba el bikini de Brigitte.

—Delicioso —comentó—… Absolutamente delicioso.

—¿Qué tengo que hacer en las Bahamas? —preguntó Brigitte.

—Concretamente en Nassau. Tiene que encontrar a un hombre.

—¿Qué clase de hombre?

Pitzer la miró un tanto irónicamente.

—De los que a usted le gustan. Mide metro ochenta y cinco, es un atleta, tiene los ojos azules, los cabellos rubios, habla varios idiomas, posee una cultura colosal, y sabe desenvolverse en cualquier ambiente. Edad: unos treinta y cinco años. Es muy varonil, muy… guapo.

—¿Existe un hombre así? —suspiró Brigitte.

—Existe —rió Pitzer—. Se llama Viktor Yedorev. Es ruso.

—¡Oh! Espero que semejante maravilla no sea un espía.

—Es un espía. Uno de los mejores con que cuenta la MVD. Vea su rostro y algunas otras tomas fotográficas… Éste es Viktor Yedorev.

Pitzer tendió un sobre a Brigitte, y Grogan se colocó junto a ella, de modo que los dos pudieron contemplar las fotos. En efecto, el espía ruso era un hombre poco corriente en cuanto a su aspecto inteligente, su apostura, la anchura de sus hombros, su clara mirada. Un perfecto atleta con unas cuantas greñas rubias sobre su amplia frente.

—Tiene unos ojos hermosos —murmuró Brigitte—. Y parece simpático.

—Cuando es necesario Viktor Yedorev es el hombre más simpático del mundo. Basta que él se lo proponga.

Brigitte contempló el resto de las fotografías, y suspiró mimosamente.

—Ojalá se lo proponga conmigo. ¿Tengo que hacer contacto con él?

—Así es. Llegó esta madrugada a Nassau, procedente de Roma. Allá adquirió una personalidad falsa: viaja con pasaporte italiano a nombre de Amadeo Melli.

—Ya… ¿Y qué busca en Nassau?

—Eso, querida, es lo que usted tiene que averiguar. Parece ser que Amadeo Melli, es decir, Viktor Yedorev, salió de Rusia a toda prisa.

—¿Tal vez lo perseguían los propios rusos?

—No creemos eso. Pero salió con mucha precipitación; tanta, que nuestros agentes de Europa lo detectaron, cosa que no es fácil tratándose de Yedorev. Armó un gran revuelo…, en nuestro ambiente, se entiende. El paso de Yedorev por Europa ha sido centelleante, velocísimo. Visto y no visto. Y es un hombre tan… escurridizo que cuando quisieron cazarlo ya estaba volando hacia las Bahamas.

—¿Le avisaron a usted desde Europa?

—Europa avisó a la Central de Langley, y ésta a mí. Se suponía que últimamente Yedorev estaba aplicando su inteligencia a

trabajos de dirección en un despacho de la MVD en Moscú. Con lo cual, y para ser sinceros, nuestros hombres de Europa se sentían muy aliviados.

—¿Tan terrible es?

—Es peligrosísimo. No quiero que olvide esto en ningún momento, Brigitte. Viktor Yedorev es… como un cuervo enorme, capaz de orientarse desde cualquier lugar del globo para llegar allá donde sea necesario un cuervo de su envergadura. No quiero que vaya engañada a su encuentro. Por poco que usted se descuide Yedorev la matará, se lo advierto.

—Oh, vamos, tío Charlie… —sonrió Brigitte.

Pitzer bebió otro sorbo de champán, y movió la cabeza.

—Si no es usted capaz de meterse eso en la cabeza enviaré a otro agente a hacer contacto con Yedorev. No quiero perderla.

Brigitte estuvo unos segundos mirando en silencio la foto del hombre de hermosa sonrisa y rasgos varoniles.

Por fin, murmuró:

—De acuerdo: tendré en cuenta que es capaz de matarme con toda tranquilidad de actos y de conciencia. ¿Qué es exactamente lo que tengo que conseguir de Viktor Yedorev?

—Su vida.

—¿Su… vida?

—Eso he dicho. Vaya a Nassau, localícelo y averigüe qué está haciendo en esas islas. Si no lo consigue, si comprende que Yedorev es demasiado astuto…, demasiado listo para usted, mátelo.

—¿Así…, sencillamente?

—Sencillamente.

—Eso es un asesinato, tío Charlie.

—Por supuesto, querida niña. —Una expresión burlona apareció en los astutos ojos de Pitzer—. Es un asesinato en toda regla. Pero si hay algo que exijo a mis agentes es que sepan asesinar cuando es necesario. Y que asesinen bien, con… pericia. ¿Acepta el trabajo?

—Usted sabe que no me gusta esa faceta de nuestro trabajo.

—Con el tiempo se irá amoldando a ciertas exigencias profesionales, como la del asesinato, por ejemplo. Pero mientras tanto ¿qué me importa a mí lo que a usted le guste o le disguste, en este plano de nuestras relaciones? Yo la envío a cumplir una misión de espionaje, y eso es todo. El espionaje, jovencita, es algo más que

buscar a un tipo feo, viejo, gordo y calvo para que nos diga qué día van a lanzar los rusos uno de sus satélites espaciales y cositas de ésas.

—Sí… Ya sé eso.

—Es una vida dura…, que usted eligió. Una vida que puede acabar en cualquier momento. Sólo tiene que decir si acepta o no acepta.

—Acepto. Bien entendido que el asesinato de Viktor Yedorev es una orden…, secundaria, dependiente de lo que pueda conseguir sin matarlo.

—Oh, claro, claro. Sólo que no conseguirá nada de ese hombre, y tendrá que… Bien, a fin de cuentas sólo se trata de matar a un cuervo en pleno vuelo, querida.

—Sí. Sólo eso.

—Cuando llegue al aeropuerto de Nassau encontrará allá a uno de los nuestros. Ya sabe el nombre clave que empleará con usted.

—¿Simón? —sonrió Brigitte.

—Exactamente. No pregunte más. En cuanto a Simón, él la ayudará en lo que pueda, pero sin comprometer su anonimato en las Bahamas. Recurra a él lo menos posible. Éste es el Simón de turno.

Pitzer mostró una fotografía a Brigitte, que asintió con la cabeza al ver el rostro de aquel hombre que sería su único enlace.

—¿Cuándo tengo que salir?

Pitzer guardó la foto de Simón, y, de paso, sacó otro sobre, que tendió a la muchacha.

—El pasaje para su avión…, que sale dentro de hora y media. ¿Tendrá tiempo de prepararse?

—Soy muy veloz vistiéndome —sonrió Brigitte.

—No se apresure demasiado —rió Pitzer—. Todavía tenemos tiempo de acabar esta copa…, y de recrearnos los pobres viejos contemplando la más sensacional damita que jamás vimos… ¿Brindamos por su misión?

Brigitte sonrió y también alzó la copa.

—Brindemos, queridos míos: la paloma emprende uno de sus viajes. Y, total, todo lo que tiene que hacer es matar un cuervo.

Capítulo II

El *jet* de pasajeros aterrizó pocos minutos más tarde de las tres en Oakes Field, después de un monótono vuelo sobre el mar azul, gris y verde. Monotonía que sólo se había desvanecido cuando, desde el aire, se había divisado Nassau, blanca y apretada, llena de colorido, y las rosadas playas de las islas.

Una plataforma móvil recogió a los pasajeros y los trasladó hacia los servicios de admisión en territorio colonial británico, cuya amplia entrada de cristal absorbió a los viajeros. Muy pocos minutos después Brigitte Montfort recorría los vestíbulos y salía al estacionamiento llevando solamente su pequeño maletín lleno de secretos muy femeninos…, y, al mismo tiempo, muy peligrosos. Como por ejemplo, la pistola-pluma, o el doble fondo conteniendo arsénico en su estuche de lápiz para labios…

Pero los hombres que se volvían a mirarla no podían sospechar esto. Sólo veían una muchacha asombrosamente hermosa, de magníficas piernas, caminar soberbio, y unos grandes ojos azules risueños y un poco ingenuos.

Excepto un hombre. Un hombre que se acercó a Brigitte, se tocó la gorra de taxista con dos dedos, y dijo:

—¿Matar un cuervo?

Brigitte lo miró amablemente. Hacía apenas cinco horas Pitzer le había mostrado una fotografía de aquel hombre.

—Sólo si es necesario, Simón. ¿Lo será?

—No lo sé todavía.

—Bien. ¿Sería tan amable de encargarse de mi equipaje?

—Con gusto.

Simón tomó la contraseña, y se encaminó hacia los servicios de equipajes, tras haber señalado su taxi a la muchacha. Regresó cinco minutos más tarde, entró en el vehículo, y contempló aquellos hermosos ojos por el retrovisor.

—La llevaré al hotel. Su equipaje llegará pronto allá.

—De acuerdo. ¿Qué hotel?

—El Prince George. ¿Le va bien?

—Me pregunto si no hay otro mejor.

—Tal vez lo haya, pero le irá bien alojarse en el que le he indicado: Viktor Yedorev está alojado en él.

—Entonces perfecto. Cuando quiera.

Simón puso el taxi en movimiento hacia la salida del estacionamiento. Durante un par de minutos ninguno de los dos habló. Y fue Brigitte quien lo hizo en primer lugar, tras haber permanecido pensativa mirando sin ver el bonito recorrido, prolongación de Nassau Street, que unía la ciudad con el aeropuerto de Oakes Field.

—¿Cómo es él, Simón?

—¿Yedorev? Un hombre muy agradable. Se mueve con naturalidad por la ciudad, como un turista acostumbrado a ver mundo. Tiene una sonrisa muy agradable… Imagino que es la clase de hombre que hace pensar cosas románticas a las mujeres.

—¿A cualquier mujer?

Simón se permitió una sonrisa.

—Es de esperar —dijo amablemente— que usted sepa zafarse de sus encantos.

—No sé, no sé… ¡Soy muy impresionable! Por ejemplo —sonrió también Brigitte—, usted me gusta.

—Muy amable. Quizá sería estupendo oírle decir eso después de matar al cuervo. No le envidio el trabajo, nena.

—Lo comprendo. Siempre resulta desagradable matar a una persona.

—Oh, no lo digo por eso —sonrió duramente Simón—. Lo digo porque me parece que matar a ese cuervo va a requerir muchos conocimientos del arte de asesinar. Si quiere un consejo de veterano no se fíe de la sonrisa de niño bueno de ese ruso.

—Ya tengo esa consigna. ¿Realmente parece tan peligroso?

—En absoluto, de veras. Ya le he dicho que parece un estupendo muchacho que lo pasa bien con todo. Sonríe, parece feliz, alegre…

—A lo mejor él es así realmente.

—Claro, claro… Del mismo modo que usted es una «inocente» periodista que viene a Nassau a tomar el sol y unos pocos apuntes

para una serie de artículos. ¿Cree que alguien puede pensar que usted está dispuesta a liquidar a un hombre, sea como sea y cuando sea?

—No —murmuró Brigitte—… Supongo que resulta un poco difícil pensar eso de mí. ¿A qué se ha dedicado Yedorev desde que llegó?

—A nada. Ha paseado, ha tomado el sol, se ha dado un par de baños de mar, ha tomado unos martinis con hielo y aceitunas, ha almorzado, y se ha encerrado en su habitación del hotel… Se supone que está durmiendo una apacible y estupenda siesta.

—Lo cual no es cierto, claro.

—Oh, sí. Sí, sí, estoy seguro de que es cierto. Ese hombre debe de tener nervios de acero. Además, presumo que no le gusta mucho la luz del sol para «trabajar». Apostaría cualquier cosa a que en estos momentos está durmiendo de verdad una siesta… que le envidio.

—¿Va armado?

—Juraría que no. Por lo menos no se nota ni el más pequeño detalle a simple vista. Pero ya conoce a los espías, nena —sonrió de nuevo burlonamente—: podemos sacar las más insospechadas armas en el más insospechado de los momentos y del más insospechado lugar… Es evidente que Viktor Yedorev lleva alguna defensa, en algún escondrijo de su indumentaria.

—Pero no pistola.

—Pistola no. Eso pasó a la vieja historia del espionaje. Resulta aparatosa, mal vista… Incluso un poco infantil: es lo primero que le quitan a uno cuando le atrapan.

—¿Se ha puesto Yedorev en contacto con alguien?

—Todo lo que ha hecho ha sido comprarse una gorra de *yachtman* y alquilar una lancha. Y eso no han sido contactos. Conozco bastante bien a las gentes de la isla.

—¿Ha salido con la lancha?

—No. Supongo que lo hará a la noche. Le apuesto lo que sea a que esta tarde va a comprar un equipo de pesca…, y que a la noche saldrá aparatosamente a pescar tiburones. Eso creerán todos, claro.

—Pero no nosotros —rió Brigitte.

—No yo, desde luego.

—Ni yo. ¿Qué habitación ocupa en el hotel?

—Una estupenda *suite* con vistas a la bahía: la 14 D. Pero eso es un detalle sin importancia. Sería una tontería pretender encontrar algo comprometedor en el equipaje de Viktor Yedorev. Ese hombre no necesita planos, ni claves, ni fotos… Todo lo lleva en la cabeza. Se dará usted cuenta de que es inteligente apenas lo vea. Muy inteligente. Así que, por favor, no se confíe.

—Todos ustedes están exagerando demasiado —protestó Brigitte—. Parece como si estuvieran hablando de un superhombre.

—Bueno, siempre quedan algunos. No lo volveré a decir, nena: no se fíe de ese ruso. Y cuando él le sonría usted tenga lista su arma. No le engañe en nada, no le mienta; piense que Yedorev debe de tener medios para obtener fotos de usted, darles curso, y saber en menos de cinco horas quién es la hermosa muchacha de los ojos azules que le ha conocido… «casualmente».

—¿Debo decirle que pertenezco al servicio secreto americano? —rió Brigitte.

—Eso no. Lo demás, todo. En cuanto usted se acerque a él su radar personal se pondrá en funcionamiento. ¿Sabe una cosa?: si yo fuese usted no me complicaría la vida intentando contactos y trucos.

—¿Qué haría usted… si fuese yo?

—Iría ahora mismo a la *suite* D, entraría diciendo que soy la camarera o algo así, y le metería media docena de balas en el corazón. Eso sería lo más sensato.

—Pero no lo más inteligente.

—Desde luego; lo más inteligente no.

—Yo soy una chica inteligente… Parece que estamos entrando en Nassau.

—Muy bonita. Color blanco, verde, rosado… Se pasa muy bien en este lugar…, si se vive lo suficiente. Tenga esto —le tendió lo que parecía una polvera—. Es una radio, con alcance máximo de una milla. No abuse de ella, pero si me necesita de verdad llámeme.

—Gracias. ¿Puedo encontrarle en algún lugar determinado?

—Lo siento, pero eso no.

—¿Teme que Yedorev pudiese obligarme a llevarlo adonde estuviese usted y matarlo?

—Eso es algo que no me sorprendería.

—A mí tampoco —musitó Brigitte.

—Estamos llegando al hotel, de modo que si no tiene algo urgente e importante que preguntarme sería mejor dejar tan interesante charla.

—No hay más que preguntar.

Llegaron ante el hotel. Un botones abrió la puerta del taxi e intentó hacerse cargo del maletín color rosa de Brigitte, pero ella le sonrió, le dio cinco dólares, y entró en el hotel portando personalmente su maletín.

Cinco minutos después entraba en la *suite* 12 C, en el tercer piso, también con vistas a las bahía. Estuvo mirando los yates, lanchas, balandros y barcas surtas en el Prince George Wharf hasta que llamaron a la puerta. Le traían el equipaje. Lo colocó todo en los armarios muy ordenadamente, y tras asegurarse de que todo estaba a su gusto requirió la polvera que le había entregado Simón.

—¿Simón? —inquirió tras pulsar la llamada.

—Diga. Estoy a la escucha.

—Sólo quería saber si la radio funciona bien.

—Pues ya ve que sí. ¿Algo más?

—No. ¿A qué hora se puso Yedorev a dormir la siesta?

—Serían las dos y cuarto.

—Es todo. Gracias, Simón.

Cerró la polvera y se miró en el espejito. Tenía una gotita de sudor en la nariz, y eso la disgustó y la impulsó a tomar un baño. Tras unos cuantos cálculos llegó al convencimiento de que a las cuatro podía estar lista para comer algo ligero en el bar del hotel, y ya definitivamente en forma para empezar a poner cerco al cuervo llamado Viktor Yedorev.

* * *

A las cinco y media apareció Viktor Yedorev en el vestíbulo del hotel, y Brigitte lo vio perfectamente por el espejo del bar situado a un lado y al fondo del vestíbulo.

Lo reconoció enseguida.

Era un hombre fácil de identificar, todo en él era característico. Un poco como la propia Brigitte Montfort, pensó ésta.

Y también tuvo que pensar, forzosamente, que un hombre así no puede ser un buen espía a menos que haya aprendido a la

perfección la técnica del disfraz. Técnica que sin duda dominaba Yedorev. Pero entonces… ¿por qué no la utilizaba? ¿Por qué se presentaba con su verdadera apariencia en las Bahamas tras haber recorrido del mismo modo toda Europa? No cabía pensar que Yedorev fuese tan estúpido como para ignorar que un hombre de su categoría en el espionaje debía de estar fotografiado e identificado por diversos medios en los archivos de los más importantes servicios secretos. Tenía que saber que era un bocado muy apetitoso…

Y sin embargo, allá estaba, con su atuendo deportivo, como un alegre y despreocupado millonario en vacaciones alojado en uno de los más famosos hoteles de Nassau, uno de los centros cosmopolitas por excelencia.

Obviamente Viktor Yedorev no estaba loco, ni era estúpido, ni era hombre capaz de cometer fallos como aquél. Entonces la conclusión definitiva era, incuestionablemente, que estaba tramando algo especial, algo importante… Tan importante que no parecía importarle convertirse en la presa visible del asunto.

Muy bien. Sólo había que seguir el juego.

De modo que cuando el espía ruso salió del hotel por la puerta principal que daba a Bay Street Brigitte fue tras él, despacio, sin acercarse. No había necesidad de ello, porque Yedorev destacaba en todo momento entre la muchedumbre, aún no muy numerosa, que circulaba por la vía principal de Nassau. Llevaba pantalones blancos y chaquetón azul de marino, zapatillas blancas, y gorra azul y blanca, que sobresalía por encima de las demás cabezas, dejando escapar aquellas inconfundibles greñas rubias.

Brigitte pensó que el ruso se dirigía hacia el embarcadero, pero no fue así. Continuó por Bay Street hasta el extremo este, donde se convertía en Eastern Road, siguiendo la costa hasta East End, donde, girando de nuevo hacia el centro de la isla, tomaba el nombre de Yamacrow Hill Road.

Pero Viktor Yedorev no llegó tan lejos, sino que al llegar a Dick's Point dio media vuelta y emprendió el regreso. Se detuvo en el Royal Nassau Sailing Club, y estuvo allá más de una hora, contemplando los yates y las embarcaciones más pequeñas que llegaban o salían del embarcadero privado. Brigitte se sentía realmente intrigada. La última vez que miró su reloj marcaba las siete y media.

Y por supuesto dos horas de paseo se le antojaron demasiado paseo.

A esa hora, a las siete y media, Yedorev abandonó los arenosos terrenos del club de yates, tranquilo, con las manos en los bolsillos y un cigarrillo colgando de los labios. Llevaba la gorra un poco ladeada, y Brigitte se sorprendió a sí misma sonriendo ante el enorme atractivo de aquel hombre fuera de serie.

¿Resultaría fuera de serie también mentalmente?

Lo vio encaminarse de nuevo Eastern Road abajo, sin alterar el paso ni la compostura. Y de pronto comprendió lo que Yedorev estaba esperando: la noche. No haría nada significativo hasta que fuese de noche. Pero mientras tanto, mientras sonreía mirando los alegres y blancos yates y las albas gaviotas, su cerebro estaba trabajando, sus nervios tensos, su impaciencia contenida…

Hacia las ocho, cuando comenzó a oscurecer, Yedorev había dejado atrás The Creek, siempre a pie, y Brigitte empezaba a ponerse nerviosa, porque temía que el ruso iba a darse cuenta, finalmente, de que una hermosa mujer iba tras él desde hacía nada menos que casi tres horas.

Cerca de las ocho y media, ya, prácticamente de noche, Yedorev abandonó de pronto Eastern Road y se dirigió hacia la playa. En aquel lugar había unos cuantos cottages rodeados de palmeras, casi todos ellos con playa privada. Estaban unidos por unos senderos de tierra que permitían el paso de un automóvil. Algunos tenían luz, que brotaba por las ventanas o terrazas. Y detrás Nassau comenzaba ya a brillar con su alegre colorido nocturno, que parecía pintar de color verde claro las palmeras más altas de los paseos.

Por fin, siempre calmo, el ruso caminó decididamente hacia uno de aquellos pequeños y alegres cottages. Entró en los terrenos por la parte delantera, pasando con toda naturalidad por encima de la blanca valla. Brigitte se dio cuenta de que estaba en verdad nerviosa, y comprendió que era debido más a las facilidades que había tenido para no perder de vista al escurridizo espía soviético que a cualquier otra cosa.

También ella pasó por encima de la vallita blanca y se acercó a la cabaña, buscando la protección de las numerosas palmeras. Desde detrás de una de ellas vio a Viktor Yedorev abrir la puerta de la cabaña y entrar. No estaba en absoluto tranquila. Aquello parecía

la trampa tendida a una presa. Pero resultaba sorprendente que, para cazar a un tierno corderillo como ella, utilizasen como cebo un magnífico león… Esto resultaba tan completamente absurdo que se decidió a continuar adelante. De ninguna manera podía admitir que utilizasen a Viktor Yedorev como cebo para atrapar a un agente secreto norteamericano. No, no… El riesgo era demasiado grande teniendo en cuenta que, de cien agentes, noventa y cinco se habrían limitado a disparar contra la espalda del ruso y escapar a toda prisa… Demasiado riesgo para tan poco producto.

Cuando llegó a una de las ventanas laterales de la cabaña Brigitte todavía no creía en su suerte. Y por eso empuñaba su pistola de cachas de madreperla, dispuesta a utilizarla a la menor señal de peligro.

No parecía una trampa.

Cuando miró por la ventana vio a Viktor Yedorev plantado en el centro del saloncito, con las manos en la cintura y mirando alrededor con el ceño fruncido de un modo más bien simpático. Pronto fue hacia uno de los dormitorios…, y reapareció en el saloncito apenas medio minuto más tarde, arrastrando a un hombre. Lo dejó en el suelo cerca de un sofá grande de feo color granate, caluroso, anacrónico, y puso una rodilla en tierra. Brigitte le vio tomar la muñeca del hombre y luego buscarle el pulso en una carótida. Pero no hacía falta tanto para convencerse de que aquel hombre estaba muerto; bastaba mirar la gran mancha de sangre que tenía en el pecho.

Viktor Yedorev alzó la cabeza, siempre con el ceño fruncido, y de nuevo miró a su alrededor, pensativamente. No parecía sorprendido, ni tan siquiera impresionado.

De pronto su cuerpo se tensó, sus fuertes manos se separaron del cuerpo, un tanto crispadas… Brigitte desvió la mirada, y vio al hombre que salía en aquel momento del cuarto de baño, apuntando con una pistola a la espalda del ruso.

El recién aparecido dijo algo, sonriendo, y Yedorev se volvió, despacio, manteniendo la rodilla hincada en el suelo. También dijo algo, y el otro se limitó a ensanchar su sonrisa, moviendo la pistola con gesto claramente amenazador.

De buena gana Brigitte habría empujado la ventana, pero sabía que si hacía eso sería descubierta muy pronto. Positivamente,

estaba ya en pleno contacto con hombres que no vacilarían en matar.

Observando la boca del hombre de la pistola comprendió que estaba hablando en ruso, pero no pudo descifrar las palabras. No todas, al menos. Se prometió asistir a uno de los cursillos especiales de la CIA destinados al aprendizaje de la «lectura» de palabras en los labios de personas a las cuales no era posible aproximarse lo suficiente para oírlas.

Era Yedorev quien hablaba ahora, y Brigitte «vio» en sus labios algunas palabras:

—… matarlo… absurdo este… sabemos… Moscú…

El otro sonreía sin cesar. Una sonrisa cínica, fría, dura, que no auguraba nada bueno para Viktor Yedorev, a juicio de Brigitte.

—… espaldas…

Si hubiesen estado hablando en inglés posiblemente Brigitte habría «visto» toda la conversación, pero en ruso le resultaba muy difícil. Comprendió lo que el otro había dicho cuando Yedorev se volvió de espaldas a él. El otro se acercó, y, manteniendo la pistola sin tocar el cuerpo de Yedorev, cacheó a éste rápidamente. Movió los labios, y Brigitte supo que había dicho:

—Demasiado seguro de ti mismo, Viktor. O al menos eso le pareció.

De pronto el otro movió la pistola rápidamente, duramente, golpeando a Yedorev en la parte superior de la cabeza. El espía ruso cayó hacia delante, resistiéndose, pero un puntapié en el costado lo derribó rodando por el suelo. El otro lo siguió; y cuando Yedorev intentaba incorporarse volvió a golpearle con un pie, ahora en el estómago. Yedorev cayó hacia atrás y quedó tendido en el suelo, boca abajo y encogido, con ambas manos en el lugar golpeado. El otro le golpeó de nuevo con el pie, ahora en los riñones. Viktor Yedorev pareció aplastado contra el suelo, pero el otro continuó pegándole puntapiés, con una saña terrible, escalofriante. Le pegó de nuevo en los riñones, otra vez en el estómago, en un costado, en el estómago de nuevo, y de nuevo en los riñones.

Afuera Brigitte asistía, demudada, a la bestial paliza que el famoso espía ruso estaba recibiendo.

¿Quién era el otro y qué pretendía? ¿Acaso matar a Yedorev a puntapiés? Porque si era eso lo que quería estaba camino de

conseguirlo, desde luego. Yedorev iba de un lado a otro a puntapiés, siempre, rodando por el suelo. Se veían sus espasmódicos gestos al toser, y Brigitte se sintió muy infeliz por lo que estaban haciendo con aquel hombre de magnífico aspecto varonil, de inteligente mirada de sonrisa simpática y amable…

—… levántate… ¡Levántate!

Yedorev parecía que sólo tenía fuerzas para alzar la cabeza… Eso fue todo lo que hizo, al menos. Brigitte pudo ver sus azules ojos, y se sintió tan impresionada que casi olvidó cuál era su situación allí. El espía ruso había mirado al otro hombre con serenidad absoluta; debía de estar hecho trizas, pero lo miró con toda naturalidad, sin un solo gesto de dolor, o de rencor, o de furia… Simplemente lo miró, con el mismo gesto apacible y neutro con que había estado contemplando poco antes el movimiento de embarcaciones en el Nassau Yacht Club. El otro se acercó, lo asió por el cuello del chaquetón, y lo arrastró hasta donde estaba el cadáver del hombre que Yedorev había sacado del dormitorio.

—… juntos… estaréis juntos igual que… a morir…

Brigitte se mordió los labios cuando vio al otro empezar a alzar la pistola. Al parecer Viktor Yedorev estaba condenado irremisiblemente a muerte…

¿Debía dejar que lo matasen? Al fin y al cabo a ella le habían dado la misma orden: matar al cuervo. Matar a Yedorev, quien, al parecer, tenía mucho de cuervo, en efecto, ya que su primera acción había sido, precisamente, encontrar un cadáver.

El otro estaba alzando la pistola cuando Yedorev cayó hacia delante, en blanco los ojos. Golpeó de cara contra el suelo y quedó inmóvil. El otro hizo una mueca de rabia, y gritó, lo bastante alto para que Brigitte le oyese:

—¡Así no! ¡Tienes que ver cómo te mato! ¡Quiero que veas esto, Viktor Yedorev! Se acercó una vez más a él, lo agarró por un lado del chaquetón, y le dio la vuelta…

Estaba todavía girando Viktor Yedorev cuando sus manos se alzaron velozmente. Una de ellas golpeó la muñeca de la mano armada del otro, y la pistola saltó hacia un rincón del saloncito; la otra mano salió disparada hacia el rostro de su adversario, y los dedos índice y corazón se hundieron en sus ojos con la fuerza y violencia de barras de acero. El hombre que hasta entonces se había

estado ensañando con Viktor Yedorev lanzó un alarido que sobrepasó holgadamente los limites acústicos de la cabaña cuando los dedos del espía ruso reventaron sus ojos. Se incorporó gritando como un loco, y Yedorev lo hizo tras él, con una velocidad y seguridad sorprendentes en un hombre que acababa de recibir tan brutal castigo.

Brigitte asistió, petrificada de espanto, a una de las más duras escenas que había presenciado en su vida: Viktor Yedorev se colocó detrás de su enemigo, le pasó un brazo por la garganta, y la mano libre asió la barbilla, que se agitaba en gritos y temblores. Sin la menor vacilación, tirando de la barbilla, Yedorev hizo girar la cabeza del otro como si pretendiera desenroscarla. El cuello crujió, y, en el acto y bruscamente, el otro hombre se relajó, quedó inerte, con la cabeza vuelta hacia atrás, hacia la ventana desde la que Brigitte estaba contemplando lo que allí dentro sucedía.

La muchacha se apartó de la ventana inmediatamente, con aquella terrible visión del hombre desnucado y muerto fulminantemente ante sus ojos. Notaba un ligero temblor en las piernas, y el corazón golpeaba con fuerza en su pecho.

Cuando volvió a mirar adentro Yedorev estaba dejando caer el cadáver junto al otro, fríamente. No parecía impresionado lo más mínimo, y, cuando Brigitte le vio moverse, con aquella soltura y seguridad, se preguntó si realmente aquel era el mismo hombre que segundos antes había recibido tan brutal paliza.

Viktor Yedorev desapareció por una de las puertas interiores de la cabaña, y reapareció un minuto más tarde llevando un saco y un gran trozo de lona, así como un rollo de cuerda. En menos de cinco minutos tenía hechos dos paquetes, uno con la lona y otro con el saco. En cada paquete un cadáver, que luego aseguró sólidamente con cuerda. Para asombro de Brigitte, cuando Yedorev terminó este trabajo se dejó caer en el feo sofá, encendió un cigarrillo, y se dedicó a fumar con toda tranquilidad, pensativo, ni más menos que durante todo el tiempo que duró el cigarrillo. Cuando sólo quedaba una punta se fue al cuarto de baño, y la bella espía calculó que la estaba tirando al inodoro. Reapareció enseguida, y se cargó sobre un hombro uno de los paquetes, el que contenía el cadáver primeramente hallado.

Brigitte se apartó raudamente de la ventana cuando Yedorev se

dirigió hacia la puerta. El ruso abrió, salió, y se fue hacia la playa, con el cadáver empaquetado a hombros. Brigitte no se molestó en seguirlo, porque comprendió que iba a volver a por el otro cadáver.

Y así fue.

Yedorev regresó en menos de un minuto, cargó con el otro cadáver, y volvió de nuevo hacia la playa. Entonces sí le siguió Brigitte. Le vio llegar junto a la vieja barca cuya madera estaba ya podrida. En la arena se veía el primer bulto. Dejó el otro, y dándole la vuelta a la barca ocultó bajo ella los dos muertos empaquetados. Luego cogió una palma ya seca y regresó hacia la cabaña borrando las huellas que había dejado en la arena. Y finalmente, recuperada su compostura, Viktor Yedorev se alejó del lugar, emprendiendo el regreso a Nassau.

Brigitte estuvo un par de minutos sin moverse de detrás de la palmera donde había permanecido observando las maniobras del ruso. Salió por fin, fue adonde estaba la barca, y consiguió apartarla… A menos de cinco metros tenía el mar, que lamía mansamente la arena brillante de agua y luna.

Desenvolvió ambos paquetes por la parte de la cabeza, y sacó nerviosamente su encendedor de oro y brillantes con la oculta cámara de microfotos. No tenía grandes esperanzas de que con tan poca luz pudiese tomar las fotos, pero disparó seis tomas, tres para cada rostro. Dejó los cadáveres como Yedorev los había ocultado, borró también sus huellas, y emprendió el camino hacia Nassau. No sabía si Yedorev había matado también al primero de los dos hombres, pero una cosa era segura: si algo sabía hacer bien el espía ruso era matar.

De donde se desprende que una sonrisa simpática no quiere decir absolutamente nada, ni bueno ni malo.

Simplemente, aquella sonrisa era una máscara en el rostro de Viktor Yedorev.

Capítulo III

Cuando llamaron a la puerta de su *suite* Brigitte estaba atisbando por el ventanal hacia el embarcadero con unos pequeños prismáticos. Los escondió, se arregló graciosamente el sugestivo salto de cama y fue a abrir.

—¿Quién es? —preguntó previamente.

—El desayuno, señorita.

La espía abrió, amable la expresión.

—Entre, por favor.

El bigotudo camarero de canosos cabellos muy abundantes entró en la *suite* y Brigitte cerró la puerta. No se asombró lo más mínimo cuando el camarero, tras dejar el carrito con el servicio, se dirigió a la terraza y miró hacia el embarcadero. Estuvo mirando hacia allá unos segundos, mientras Brigitte tomaba con sus finos dedos uno de los dulces dátiles y lo mordía como cariñosamente.

El camarero, se volvió y gruñó:

—¿No ha ido al embarcadero?

—No.

—¿Ha estado utilizando los prismáticos que le envié?

—Desde que amaneció —bostezó Brigitte—. Lo cual no es cosa muy de mi agrado, Simón.

—Lo lamento —mascculló el bigotudo camarero—, pero cada uno ha de hacer su trabajo.

—Desde luego —admitió Brigitte—. Pero a mí me encanta dormir profundamente… ¿Quiere dátiles? ¿O prefiere tostadas con mermelada? Le sugiero los dátiles, pues tengo entendido que van muy bien para fortalecer los músculos.

El disfrazado Simón volvió a soltar un gruñido.

—Son las diez de la mañana —dijo como enfadado—… No puedo creer que Yedorev continúe durmiendo tan tranquilo.

Brigitte se llevó golosamente otro dátil a la boca.

—A lo mejor ha pedido el desayuno, como yo… Me gustaría saber si a ese ruso le gustan los dátiles y las tostadas.

—A mí me gustaría saber otras cosas, nena. ¿Está segura de que la lancha que le indiqué continúa en el embarcadero?

—Puede mirar usted mismo, querido. Los prismáticos están en esa bonita maceta. ¿Quizá prefiere café? Huele bien.

Simón gruñó una vez más, cogió los prismáticos, y los enfocó hacia el embarcadero. En efecto, la lancha que Viktor Yedorev había alquilado el día anterior apenas llegar a Nassau continuaba en el embarcadero. Lo cual, aparentemente, quería decir que el ruso estaba todavía en su *suite*. Simón dejó los prismáticos y se volvió hacia Brigitte, que lo miraba con amable, casi cariñosa ironía.

—¿Está la lancha? —inquirió.

—Sí.

—Eso quiere decir que he vigilado bien. Y ya que hablamos de los respectivos trabajos que cada uno realizamos, querido Simón, ¿consiguió algún informe respecto a los hombres muertos cuyas microfotos le proporcioné anoche?

—Sí. Toda la noche es mucho tiempo, y aquí también sabemos movernos con rapidez. Demonios, ¿es necesario que me reciba en salto de cama?

—¿Necesario? Pues… no. ¿Por qué?

—Bueno, digamos que… además de espía soy un hombre normal y con sangre en las venas.

—¿De veras? —Pareció pasmarse Brigitte, para terminar sonriendo—. ¡Pero eso es maravilloso, querido! En cuanto a eso de la sangre… ¿qué le ocurre? ¡Espero que no le falten glóbulos rojos!

—Más bien me sobran, nena.

—Oh. Pues tenga cuidado, porque eso puede ocasionarle disgustos: sofocos, palpitaciones, mareos… Cuídese, hágame caso.

—Póngase usted algo menos… transparente y excitante, y mi salud quedará a salvo.

—Oh, vamos, por favor… Somos personas de mundo, ¿no es así? ¡No me diga que le altera un cuerpo más o menos bonito! Y hablemos en serio: ¿qué hay del informe que pedí sobre los dos hombres muertos? ¿Eran conocidos?

—Sólo uno de ellos.

—¿Cuál?

—El que había sido muerto a balazos.

—Ya. El otro, el del cuello roto… ¿no es conocido?

—Por ahora no tenemos dato alguno sobre él.

—Bien, algo es algo… ¿Quién es el muerto a balazos?

—Su nombre…, o al menos el último nombre con que se le conoció en Estados Unidos, es Boris Zarin.

—¿También ruso? No comprendo… ¿Era un espía?

—En efecto. Consiguió escapar de cierta redada que hizo el FBI en Pensacola, hace de eso un par de años. Desapareció, y nadie esperaba que tuviera la desfachatez de estar operando en las Bahamas, tan cerca de Estados Unidos.

—Pero lo cierto es que operaba. ¿Qué más sabe de él?

—Nada más. Se está intentando identificar al otro, pero de momento debernos considerarlo como desconocido.

Brigitte estuvo pensativa casi un minuto, mientras continuaba comiendo dátiles. Por fin miró a Simón.

—¿Tiene usted alguna teoría?

—¿Respecto a lo sucedido anoche? No sé. Se presta a confusiones.

—¿A confusiones? Bueno, es posible que así sea, precisamente porque las cosas parecen tan claras. Un hombre desconocido entra en la cabaña donde estaba el espía ruso llamado Boris Zarin, escapado de Estados Unidos hace un par de años… Entra y lo mata. Luego, según me inclino a creer, espera la llegada de Viktor Yedorev, para matarlo también. Eso es seguro, y no hay truco, ya que le dio una paliza que a mí me pareció poco menos que mortal.

—Quizá no pegó en serio.

—No me diga, querido… ¿También vamos a creer que Yedorev no lo mató en serio? No, no, Simón… Eso fue cierto y verdadero. Aquel hombre, tras matar a Boris Zarin, esperó a Yedorev para matarlo. Eso, a mi modo de entender, quiere decir dos cosas. Una, que sabía que Yedorev iría a aquella cabaña. Dos, que querían matarlo, como ya habían hecho con Boris Zarin. De donde se desprende, al menos aparentemente, que el hombre muerto y todavía no identificado no es precisamente amigo de la MVD. Y sin embargo, hablaba ruso.

—Puede ser un ruso traidor a la MVD, y por eso mató a Boris Zarin y quiso hacer lo mismo con Yedorev.

—Buena hipótesis Pero pueden ser tantas cosas que será mejor que no nos compliquemos la vida con hipótesis. Lo que sea sonará… ¿De qué lo veré disfrazado la próxima vez? —sonrió de pronto Brigitte.

—Según las circunstancias. ¿Puedo hacer algo más por usted, nena?

—Me temo que no…, a menos que pueda dormir por mí.

—Lo veo difícil. ¿Ha examinado bien esta *suite*?

—No hay micrófonos, tranquilícese. ¿De verdad no quiere café?

—De verdad.

—Entonces será mejor que salga ya de aquí. No me gustaría que la gerencia o mis vecinos pensasen que acepto a un camarero durante tanto rato. No es que tenga nada contra los camareros, pero sí contra una situación como la que aparentaría, que siempre me ha parecido de una vulgaridad y mal gusto sencillamente abominables.

—Quizá las cosas vayan mejor cuando me quite este uniforme —dijo Simón, sonriendo como un lobo ante una ovejita.

—Quizá —sonrió a su vez Brigitte, angelicalmente—. Buenos días, Simón. Ya nos iremos viendo.

El espía asintió con la cabeza, se dirigió hacia la puerta, y antes de abrirla se volvió hacia la muchacha.

—Recuerde al hombre con el cuello roto, Brigitte —dijo ahora seriamente—. Eso sólo ya explica bastante bien lo que se puede esperar de Viktor Yedorev.

—No se preocupe por mí.

Poco después, finalizado el desayuno, Brigitte regresó al ventanal y volvió a mirar con los prismáticos hacia el embarcadero. La lancha continuaba allí, solitaria, como abandonada. Era un hermoso día de sol, de reflejos rosados en la arena… Una bandada de gaviotas se veían recortadas contra el cielo, como delicados y bellos dibujos en movimiento. El agua del mar se veía de un azul límpido, transparente… Y Viktor Yedorev, contra todo pronóstico, la noche anterior no había salido a pescar tiburones, ni parecía que fuese a hacerlo aquella mañana.

Lo cual era un fastidio.

Y de pronto apareció aquella figura masculina de anchos hombros, gorra de marino, chaquetón azul, zapatillas blancas… El atleta quedó enfocado en los prismáticos: Viktor Yedorev,

caminando por el embarcadero hacia la lancha.

Brigitte corrió hacia el dormitorio, se quitó las prendas de dormir y se vistió rápidamente: falda blanca, jersey negro muy escotado y sin mangas, y unas sandalias de tacón alto. Recogió el bolsito y salió disparada de la *suite*.

Había llegado el momento de hacer contacto con el muy bello, agradable… y peligrosísimo Viktor Yedorev.

* * *

La primera noticia que Viktor Yedorev tuvo respecto al «abordaje» fue el balanceo de la lancha, cuando estaba ordenando sobre la cubierta, por el lado de babor, el equipo de pesca con caña. Se limitó a volver la cabeza, con toda naturalidad, sin sobresalto ni excesiva sorpresa. Tampoco hubo en sus ojos la gran admiración que Brigitte esperaba, pero sí una amable sonrisa un tanto contenida… Una sonrisa viril, recia y dulce a la vez, que brotaba como una luz de los inteligentes ojos azulgris del espía ruso.

Brigitte también sonrió, saludando:

—Buenos días. ¡Yo diría que muy buenos días! —La sonrisa de Yedorev se amplió.

—Muy buenos días, en efecto —miró hacia el limpísimo cielo, de un azul cegador—. Y parece que no habrá ni una sola nube.

La sonrisa de Brigitte también se amplió.

—¡Qué bien! —exclamó, como una niñita en día de fiesta, encantadora en verdad—. ¿Cuándo podremos salir? ¿O se dice zarpar?

Yedorev alzó amablemente las cejas. Luego se rascó la sólida barbilla, pensativo.

—Se dice zarpar, pero… no comprendo. ¿Hemos de zarpar?

—¡Claro! ¡Va a ser estupendo! ¡Nunca antes había estado en un lugar tan hermoso como las Bahamas! ¿Usted conoce bien estas islas?

—Un poco.

—¿Un poco? Oh, vamos… ¡Tiene que conocerlas muy bien, de otro modo no se dedicaría a esto! Pero… Bueno, no creo que yo sepa pescar mucho. —Se echó a reír—. ¡Tendrá usted que pescar por los dos! ¡Y no me diga que de eso también sabe sólo un poco!

¡Debe de saber mucho de pesca!

Brigitte señaló el equipo, y Yedorev lo miró y enseguida volvió a mirarla a ella.

—Regular nada más, ésa es la verdad —dijo—. A pesar de eso me parece que voy a intentar la pesca del pez espada.

—¡Estoy segura de que lo conseguirá, ya lo verá! Yo soy como un amuleto. ¡Siempre tengo suerte!

—Me parece magnífico. Dígame, señorita: ¿nos conocemos de algo usted y yo? Es que no consigo recordar…

Brigitte parpadeó, muy «sorprendida».

—Claro que no nos conocemos —puntualizó—. Pero no creo que debamos ser presentados para que yo alquile su lancha, ¿verdad?

Yedorev volvió a alzar las cejas. De pronto se echó a reír… y Brigitte se sintió encantada, dulcemente conmovida por aquella risa baja, profunda, tan viril como todos los restantes detalles del espía ruso.

—¡Ahora lo comprendo! —exclamó él alegremente—. ¡Usted cree que yo me dedico a alquilar la lancha! Brigitte se «asombró» todavía más.

—Naturalmente —dijo—. He venido al embarcadero dispuesta a alquilar una para todo el día, he visto el anuncio que bien claramente dice *Boats for hire* en esta parte, y he elegido la lancha que más me ha gustado. Y… Bueno…

—Siga, por favor.

—La verdad es que mi último impulso para decidirme por una lancha se debe a usted.

—¿A mí?

—Sí. Me ha parecido un hombre… educado y… agradable.

—Muy agradecido —rió Yedorev—. Pero temo que ha ido a elegir precisamente la lancha que ya está alquilada.

—¡Oh! ¿Ya la alquiló a otra persona?

—No, no. A ver si nos entendemos, señorita. Soy yo quien alquiló ayer la lancha a su propietario, por tiempo indefinido. De tal modo que ahora la estoy… disfrutando. Resumiendo: soy un cliente, igual que usted. Y yo vi primero esta lancha.

Brigitte sabía muy bien lo que tenía que hacer para forzar un delicioso sonrojo en su rostro, y lo hizo. Su rostro se encendió deliciosamente, y la boquita mostró un rictus de decepción.

—¡Oh! —exclamó.

—Siento mucho haberla desilusionado.

—Yo creí… ¡Oh, le ruego que me perdone! —Yedorev encogió los hombros.

—Es una confusión fácil la suya. A fin de cuentas cuando yo llegué ayer aquí había un hombre en la lancha y me dirigí a él convencido de que era quien podía alquilármela. Usted, simplemente, se ha confundido de hombre.

—Sí… Yo… ¿Puede disculparme?

—No faltaba más.

—Bien… Bueno, buscaré otra lancha, señor. Buenos días.

—Buenos días. Aunque…

—¿Diga?

—Bueno… Digamos que ésta es una lancha con capacidad para más de una persona.

—Oh, sí. Estoy segura de que hasta puede admitir una docena, y ni siquiera —Brigitte parpadeó, como sorprendida de pronto—… ¿Me está proponiendo algo, señor?

—¡Pues sí! —rió Yedorev—. Pero no me hago demasiadas ilusiones de que vaya a aceptar. Usted quiere pasear en lancha, y le ha gustado ésta. Yo quiero pescar, y ya estoy en esta lancha… He conocido situaciones de mucha más incompatibilidad.

—¿Me está invitando a dar un paseo?

—Del modo más correcto, señorita. Es más: sería grato para mí que considerase esta lancha como si la hubiese alquilado usted misma.

—¡Oh! —Brigitte se sonrojó de placer—. Es usted muy amable, señor.

—¿Acepta?

—Pues…

—No encontrará otra lancha como ésta, de alquiler, en todo Nassau, estoy seguro de ello.

—Pero no es justo que usted pague todo el importe del alquiler.

—Podemos pagar la mitad cada uno, si eso la tranquiliza —rió el espía soviético—. Pero me disgustaría no poder tener la satisfacción de invitarla.

—Nunca… nunca encontré a nadie tan… tan amable, señor… señor…

—Mi nombre es Amadeo Melli de Renzo. Italiano. Romano, para ser exactos.

—¡Un romano!

—Pero no de las huestes de los Césares —rió Yedorev una vez más.

—Claro… ¡Claro! No crea que soy una tonta, señor Melli, pero es que no siempre se tiene el placer de encontrar personas educadas y amables… Oh, mi nombre es Brigitte Montfort. Soy periodista.

—¿De veras? Me parece muy interesante.

—De Nueva York. Temo que estoy un poco acostumbrada a las brusquedades y prisas de esa ciudad, y por eso me ha sorprendido usted. Estoy segura de que no es periodista, señor Melli.

—Por favor, llámeme Amadeo. Y, desde luego, no soy periodista. Tengo una profesión un poco… aburrida.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Gastar dinero.

—¡Oh! ¿Es usted millonario?

—Me temo que sí, señorita Montfort. De cuando en cuando me escapo de Italia, sin decir a nadie adónde voy. Dejo allá mi villa, mis coches, mi yate anclado en Lido di Ostia o en Capri… Lo dejo todo y me doy una vuelta por el mundo. Para mi fortuna esta vez he elegido las islas Bahamas.

—¿Para su fortuna? ¿Ha ganado más dinero aquí?

—No, no… La he conocido a usted.

Brigitte volvió a sonrojarse de auténtico placer. Era una lástima que todo aquello no fuese cierto, y que Amadeo Melli de Renzo fuese ni más ni menos que Viktor Yedorev, el famoso espía de la MVD, el hombre que era capaz de sonreír mientras le rompía el cuello a otro hombre.

—Creo que no sé qué decir.

—Pues no diga nada. ¿Le parece que nos hagamos a la mar?

—Bien… Si realmente no voy a molestarle…

—Realmente.

—No tiene usted por qué obligarse a soportar mi compañía, Amadeo.

—¡Soportar! Diga más bien disfrutar. Y soy yo quien le agradece a usted su compañía. —De pronto frunció el ceño y la miró fijamente—… Siempre y cuando no se le ocurra enviar una nota a

su periódico diciendo que Amadeo Melli está en Nassau, solo, viviendo su vida, y cosas así. ¿Prometido, señorita Montfort?

—Prometido. Y… Bueno, si yo le llamo a usted Amadeo usted deberá llamarme Brigitte, simplemente.

—Estupendo. ¿Salimos?

—Sí, sí.

Yedorev la tomó de un brazo, sonriendo, y la llevó hacia el volante.

—Gozará de la brisa del mar aquí. Aunque si realmente quiere disfrutar el paseo debe colocarse en la proa. Toda la espuma del mar, su frescura, su olor a vida, su tono azul y verde, será para usted sola. ¿Qué le ocurre?

—Dice usted unas cosas muy bonitas, Amadeo.

—¿De veras? Muchas gracias… ¡Salimos!

La lancha arrancó bruscamente, girando ya hacia la salida del embarcadero. Brigitte fue lanzada contra Yedorev por el impulso de la marcha, y durante unos segundos, hasta que la embarcación se estabilizó, estuvo agarrándose con ambos brazos a la delgada cintura del atleta ruso. Cuando se soltó, lentamente,

Yedorev la miró y sonrió. Atrás iba quedando el embarcadero de lanchas de alquiler, frente a Rawson Square. Pasaron por delante de la parte del Prince George Hotel que daba al mar, y Brigitte lo señaló.

—Mire, ése es el hotel en el que estoy alojada.

—¿El Prince George? Ésta es una maravillosa casualidad: yo también estoy alojado allí.

—¡Cuánto me alegro!

El ruso sonrió cálidamente.

—Vamos a salir del embarcadero a toda prisa y devoraremos mar, y mar, y mar…

La sujetó por la cintura con un brazo y dio más velocidad. Brigitte se recostó en el cuerpo varonil, notando bajo el ligero chaquetón los bien tensados músculos del espía. En pocos segundos salieron del embarcadero Prince George a mar abierta, notando la espuma de mar en sus rostros. La lancha era lo bastante pesada para que su marcha resultase estable sin demasiados saltos.

Delante de ellos se hallaba Hog Island, en cuyo extremo sudeste estaban los Sea Gardens. Apenas salir del embarcadero la lancha

viró tomando aquella dirección. Pasaron por delante del Potter's Cay a toda velocidad. Delante de ellos, en el mar abierto, los blancos puntos de yates, lanchas y balandros…, y los diminutos de los snipes deslizándose a toda vela por las azules aguas…

—¿Adónde iremos, Amadeo?

—A mi *cottage*.

—¿A su… *cottage*?

—Tengo alquilado uno muy cerca de aquí, por si… llegaba a necesitarlo.

Brigitte se desasió del brazo de Yedorev, y lo miró fijamente, un poco fruncido el ceño.

—Creo… que olvidé algo en el hotel. Le ruego que regrese al embarcadero. Viktor Yedorev la miró cariñosamente, amablemente.

—¿Qué está, pensando? —inquirió.

—Mire, no soy una niña tonta que pueda ser fácilmente engañada. No tengo por qué ir a su *cottage*. No quiero decir que la idea me hubiese desagradado si hubiese hecho las cosas de un modo más delicado, pero…

—No sea mal pensada. Sólo vamos a esa cabaña a recoger unas cosas. Luego iremos a pescar, como hemos convenido en el embarcadero… Ni siquiera tendrá necesidad de salir de la lancha, si no quiere hacerlo.

Brigitte parpadeó.

—¿De veras? Bien, yo creí… Oh, soy un poco estúpida, Amadeo, debí comprender que usted no es de… de ésos.

—No lo soy. Pero, de todos modos, tenga cuidado conmigo.

Brigitte se echó a reír, tomó ella misma el brazo del ruso, y se lo colocó en la cintura, pegando su cuerpo al de Viktor Yedorev… Éste bajó la cabeza…, y los ojos de ambos se encontraron. Estaban pasando por delante de los Sea Gardens, pero ninguno de los dos les prestó la menor atención. Los ojos azulgris del ruso estaban fijos en los intensamente azules de Brigitte…, y sus bocas se iban acercando, despacio, despacio, despacio… La mano izquierda de Yedorev soltó el volante de la lancha y se unió a la derecha en el abrazo a aquel cuerpo femenino que empezó a temblar cuando, por fin, los labios se encontraron. Envueltos en brisa y espuma de mar se besaron largamente, profundamente… Las manos del ruso se desprendieron de la cintura femenina.

—Iremos al *cottage* si no te importa realmente… Imagino que después de esto no tendrás inconveniente en acompañarme.

—No, Amadeo.

—Bien.

Yedorev puso rumbo a la costa. Y Brigitte tardó muy poco en comprender cuál era el *cottage* que él decía tener alquilado: ni más ni menos que aquel en el que, la noche anterior, Viktor Yedorev había matado a un hombre rompiéndole el cuello.

Yedorev gobernó la lancha hasta la orilla, y dejó caer el anclote. Luego saltó al agua y tendió los brazos hacia Brigitte.

—¿Prefieres mojarte? —sonrió.

—Sé bien lo que prefiero —susurró ella.

Se dejó llevar en los fuertes brazos del espía hasta la cercana playa. La barca podrida estaba allí, tal como ella la había dejado la noche anterior después de fotografiar a los dos hombres muertos… Pero Yedorev pasó junto a ella sin mirarla siquiera, caminando hacia la casa llevando a Brigitte de la mano.

La puerta estaba abierta todavía, y Viktor Yedorev la empujó, despacio.

Cuando miró a Brigitte sonreía amablemente, pero ella supo que en aquellos momentos el hombre era Viktor Yedorev, el espía, y que estaba más atento a lo que sucedía en torno a ellos que a ellos mismos.

—No es un palacio —dijo él—, pero tampoco estaremos mucho rato: sólo quiero echar un vistazo, por si todo está en orden.

Y Brigitte entró en primer lugar en la cabaña.

Capítulo IV

No sucedió nada. No había nadie allí, ni parecía un lugar donde pudiese correrse el mismo peligro que la noche anterior había corrido Viktor Yedorev.

Éste se adelantó a Brigitte cuando ambos estuvieron dentro, y se dedicó durante unos minutos a examinar la totalidad de la cabaña. Lo hizo deprisa, pero bien, moviendo los muebles y objetos precisos, y Brigitte supo que estaba buscando los restos de una posible conexión microfónica, que la noche anterior parecía no haber tenido en cuenta.

—¿Te ayudo? —ofreció.

—¿A qué? —La miró él expectante.

—Bueno, parece que estás buscando algo…

—No. Lo que tengo que llevarme está afuera, en la playa. Sólo me aseguraba de que todo está en orden, por si… Bien, quizás esta noche…, o cualquier otro momento, aceptes venir aquí…

Ella sonrió prometedoramente.

—Quizá. Pero ahora, de verdad, tengo ganas de tomar el sol, de respirar aire de este mar… ¿Sabes que el mar de Nueva York huele a petróleo, a sucio, a ratas muertas…?

—¿No es el mismo mar? —rió Yedorev.

—¡Desde luego que no! —rió también Brigitte—. Debe de haber un muro, o algo así, que separa aquellas aguas grises de estas aguas azules. Supongo que conoces Nueva York.

—Naturalmente. Y tienes razón: aquel parece un mar podrido, si lo comparamos con éste. Vámonos ya. Salieron de la cabaña, tomados de la mano. Yedorev llevó a Brigitte hasta la lancha, subiéndola de nuevo en brazos, de modo que tampoco esta vez se mojó. Luego volvió a la playa, apartó la vieja barca podrida, y tiró de los dos grandes paquetes a la vez, arrastrándolos por la arena hasta el agua. Alzó uno de ellos y lo tiró por encima de la borda al

interior de la lancha, haciendo enseguida lo mismo con el otro.

Brigitte asistía a aquellas maniobras evidenciando un ligero interés y una ingenuidad deliciosa.

—¿Qué son estos fardos? —preguntó cándidamente—. Parecen… ¡Oh, qué tontería!

—¿Qué es lo que parecen? —instó amablemente Yedorev.

—Oh, pues… Bueno, sobre todo el paquete envuelto en esa lona vieja parece… parece un cuerpo humano… ¿No?

El ruso miró como sorprendido ambos paquetes.

—¿Un cuerpo humano? —reflexionó—. Bien, son apreciaciones, pero te aseguro que lo que hay ahí es basura. Sólo basura.

—Ah, ya entiendo: vas a tirarla al mar, ¿no es eso?

—Exactamente: voy a tirar basura al mar.

Puso la lancha en marcha, ahora directo hacia Athol Island, distante un par de millas de la costa de New Providence. Pero de pronto cambió de ruta y viró a estribor, hacia el sudeste, para navegar a continuación directo hacia el Sur. Recorrieron toda la costa de esta parte de la isla, hasta llegar al extremo oeste. Cuando navegaban mar adentro vieron Clifton Point como último vestigio de tierra.

—¿Adónde vamos? —preguntó Brigitte.

—Mar adentro, hacia Andro Islands. Quiero tirar esta basura en un lugar bien profundo. Y, además, por allá hay muy buena pesca. Por estos lugares sólo obtendríamos piezas pequeñas.

—¿Me dejarás recoger a mí, Amadeo?

—Si la pieza no es demasiado grande, sí —rió él—. No quisiera que un pez espada furioso, o quizás un tiburón, te arrastrase al fondo del mar.

Media hora después los dos paquetes de «basura» eran tirados al mar por Viktor Yedorev. Por un instante Brigitte notó una ligerísima vacilación en el ruso, un levísimo cambio de expresión en sus facciones: fue cuando tiró al mar el saco que contenía el cadáver de Boris Zarin, el espía soviético que había escapado al acoso del FBI dos años antes en Pensacola.

—Ahora iremos despacio hacia el norte —dijo Yedorev—. ¿Quieres ayudarme a preparar la carnada?

* * *

Hacia la una del mediodía la lancha iba suavemente a la deriva mientras sus ocupantes se dedicaban a tomar el sol en la cubierta, muy juntos, cambiando de cuando en cuando algún beso que llenaba de dulces suspiros el pecho de Brigitte Montfort.

La caña, colocada en su soporte de popa, se mecía al compás del movimiento de la lancha, inactiva. Era poco probable que obtuviesen pieza alguna.

—… el muy tacaño protesta siempre —refunfuñaba deliciosamente Brigitte—, pero yo le digo que soy muy linda, y sobre todo una buena periodista, de modo que o me paga bien o me voy a otro periódico… —Viktor Yedorev escuchaba amablemente las explicaciones de ella, mirándola de un modo tierno, afectuoso, como si fuese una graciosa niña que le estuviese deleitando con algo nuevo en su vida, algo especial y muy hermoso.

—¿Y el señor Grogan siempre paga? —preguntó, mientras Brigitte parecía tener necesidad de tomar aire graciosamente.

—¡Siempre! —rió ella—. Se le ponen los pelos de punta cuando le digo que me voy a despedir del Morning News.

—Entonces haces bien en apretarle las clavijas —rió a su vez el espía soviético—: ¡se lo merece, por tacaño!

Se inclinó más hacia ella y le dio un beso detrás de una orejita… Y fue justo entonces, en aquel bonito momento en que Brigitte pensaba que era una lástima tener que matar un cuervo, cuando el beso de Yedorev se endureció, pareció petrificarse. Se apartó de ella, que lo miró sorprendida.

—¿Qué…?

—Un yate —no la dejó seguir Yedorev, señalando hacia el mar.

Brigitte miró en aquella dirección, y vio a lo lejos el pequeño y blanco yate. Cuando volvió a mirar a Yedorev éste se había provisto de unos potentes prismáticos, que enfocaba hacia el yate. Estuvo casi un minuto mirándolo. Y cuando bajó los prismáticos Brigitte vio, por primera vez, un tono de hielo en aquellos ojos habitualmente amables.

—¿Me dejas mirar? —Tendió la mano hacia los prismáticos.

Yedorev se los entregó, y ella los dirigió hacia el yate. Quizás estaba a un par de millas, de modo que no pudo ver bien al hombre de la proa. Pero sí vio a algunas personas apoyadas en la borda.

—Deja ya de mirar —dijo Yedorev.

Ella lo miró sorprendida por el seco tono de su voz.

—Es un yate muy bonito. ¿El tuyo es igual?

—Es mejor. No mires, más. Quizás ellos también tienen prismáticos y nos están observando a nosotros.

—¿Y qué tiene eso de malo? Si nosotros los miramos a ellos…

—¿Quieres devolvérmelos, por favor?

—¿He hecho algo que te disguste? —se sorprendió ella, devolviendo los prismáticos.

—Claro que no —se sorprendió él—… Eso nunca, Brigitte.

Se sentó junto a ella, le alzó la barbilla, y la besó en los labios lentamente, dulcemente…

—Creí que te habías enfadado —susurró ella, cuando sus labios se separaron.

—Vamos a poner la lancha en marcha. Tenemos que intentar pescar algo, amorcito.

Fueron hacia la popa y Yedorev recogió unas yardas de sedal. Luego fue a los mandos y arrancó el motor. Brigitte quedó en la popa, aparentemente pendiente del sedal, pero en realidad mirando en todo momento hacia el yate. La lancha describió un gran círculo que finalmente la llevó más cerca del yate, que, a su vez, se había aproximado a ellos. Debían de estar a menos de una milla cuando Yedorev volvió a utilizar los prismáticos brevemente. Debió de ver enseguida lo que le interesaba, porque los dejó y atendió de nuevo los mandos.

—Creo que será mejor que regresemos —dijo—. Quizás otro día tengamos más suerte… en la pesca. Brigitte lo miró en silencio. Tomó los prismáticos y volvió a mirar hacia el yate. Esta vez sí pudo ver el nombre con toda claridad: Arrecife. Dejó los prismáticos y se colocó junto a Yedorev.

—¿Vamos a almorzar juntos, Amadeo?

—Me temo que no, cariño.

—Oh.

—Tengo algo que hacer. Pero podemos cenar juntos…, si no me guardas rencor.

Ella sonrió, se puso de puntillas, y le besó en la barbilla.

—No seas tonto, mi amor —susurró tiernamente.

Llegaron al embarcadero mucho antes de que el yate hubiera llegado siquiera a la punta oeste de la isla, según calculó Brigitte de

acuerdo a la velocidad de las respectivas embarcaciones.

Regresaron juntos al hotel, y Yedorev la dejó en la puerta de su *suite*, con un beso rápido en los labios.

—¿Te parece bien a las ocho? —citó.

—Cuando tú quieras… ¿Estarás ocupado hasta entonces?

—Así es.

—¿Quizá llega en ese yate alguien que te conoce, y no quieres que te vean, para que nadie sepa que estás en Nassau?

—Algo así —sonrió él—. Sí, algo así es lo que sucede, mariposilla. Supongo que no has olvidado tu promesa: nada de decir a nadie que Amadeo Melli de Renzo está aquí.

—Ése es nuestro secreto —rió Brigitte.

Se abrazó a su cuello para besarlo cálidamente, y acto seguido entró en la *suite*. Esperó un minuto, y entonces abrió la puerta con toda naturalidad, como quien se dispone a salir. Pero Viktor Yedorev no estaba allí escuchando. Cerró de nuevo la puerta, fue al dormitorio, y abrió el bolsito que había llevado durante el paseo en lancha. Sacó la polvera y accionó el mando de la pequeña radio camuflada que contenía.

—¿Simón?

—Cerca de usted. ¿Cómo ha ido el paseo?

—Maravilloso. Es un hombre… Sí: maravilloso.

—¿El paseo o él?

—Las dos cosas —rió Brigitte—. Es un cuervo dulce y amable que me llama mariposilla… ¿No resulta delicioso?

—Tenga cuidado. Ese hombre…

—Oh, ya basta de eso. Tiene que saber algo, Simón: nos hemos llevado los «paquetes» de aquella cabaña y él los ha tirado al mar, en un lugar profundo. Y juraría que le ha disgustado profundamente desprenderse así de Boris Zarin.

—Eso confirmaría la muy razonable teoría de que ambos eran amigos y enemigos del otro.

—Sí, todo parece indicarlo así. Hay algo importante ahora, Simón. Tiene que ir al embarcadero y esperar la llegada de un yate cuyo nombre es Arrecife. Lo hemos visto hace media hora, y parecía proceder del norte. Tengo la impresión de que es lo que Yedorev ha estado esperando. Quiero saber quiénes son las personas que llegan en ese yate. Si dentro de media hora el Arrecife no ha llegado al

Prince George Wharf hay que buscarlo por las proximidades de la isla e identificar a sus ocupantes a toda costa. ¿Dispone de gente para eso?

—Me las arreglaré —sonó irónica la voz de Simón—. Espero que no sea una pérdida de tiempo, nena.

—Esperemos que no. Yedorev lo estuvo mirando con unos prismáticos. Estoy segura de que los llevaba para eso. Y en cuanto avistó el yate decidió regresar. Hemos… intimado algo esta mañana, pero no aceptó invitarme a almorzar. Quiere estar libre, moverse a su antojo.

—¿Lo va a vigilar?

—Imposible, ahora que me conoce bien. Si fuese tras él resultaría el mío un… amor a primera vista demasiado exagerado, y hasta cargante, ¿no le parece?

—Sí. Bien, veré qué puedo hacer a ese respecto.

—Son las dos —dijo Brigitte, mirando su relojito—… Quiero saber algo del yate Arrecife y sus ocupantes antes de las siete y media. Hasta entonces almorzaré, y, si no se opone, recuperaré un poco del sueño que he perdido esta noche.

—De acuerdo…, mariposilla.

—Muy gracioso —sonrió Brigitte.

Cortó la comunicación y entró al cuarto de baño.

* * *

A las siete y cuarto llamaron a la puerta de la *suite*, y Brigitte fue a abrir, llevando puesta solamente la pieza inferior de un bikini y una camisita corta, floreada, de mangas cortas, escote agudo, y lo bastante transparente como para que su visitante, un tipo alto, con grandes gafas de montura de concha y ojos que se veían diminutos a través de los gruesos cristales de miopísimo, quedase petrificado, boquiabierto y mudo.

Tardó unos segundos en poder mascullar:

—No hay derecho a que haga esto conmigo, nena.

—Pase, Simón —rió ella—. No le estarán siguiendo, ¿eh?

—Claro que no. —Entró.

Brigitte cerró la puerta y le miró burlonamente.

—¿De qué viene disfrazado esta vez?

—De hombre.

—Oh… ¡Increíble!

—De hombre corriente, quiero decir. Hijita, me va a dar un infarto si usted sigue siendo tan… generosamente exhibicionista conmigo.

—Hace mucho calor, y quedamos en que los dos somos personas de mundo. En cualquier playa encontrará chicas en bikini más sugestivas… y generosas que yo.

—Generosas tal vez, pero no sugestivas. Permítame decirle, prenda, que está usted de muerte por éxtasis. ¿Ha dormido bien?

—¡Ya lo creo! —volvió a reír Brigitte—. ¿Qué sabemos de Viktor?

—Conque Viktor… Bueno, la respuesta es: nada.

—¡No irá a decirme que él los ha despistado!

—Nada de eso. Simplemente, el cuervo no ha volado.

—¿Está en su *suite*? —se asombró Brigitte—. Pero… no es posible. Si no quiso almorzar conmigo tuvo que ser porque tenía algo que hacer, algún asunto que atender, un contacto que realizar…

—Pues no ha salido de su *suite*, nena. Supongo que la decepciona comprobar que Viktor Yedorev no resulta tan impresionable a sus encantos como yo, el pobre y apasionado Simón.

Brigitte sonrió, pero a medias, pensativa.

—No lo entiendo… Se pasa la mañana en el mar vigilando la llegada de un yate…, y cuando ese yate llega se queda encerrado en su *suite*… ¿Qué sabemos de la gente que viaja en el Arrecife?

—Yo diría que la cosa se está poniendo seria. Vea qué lindas fotos le traigo. Son cuatro personas muy interesantes. —Le tendió las fotos a Brigitte, y las fue señalando a medida que ella las pasaba —… Éste es Darren Gillis; un hombre interesante, como puede ver. Es el propietario del Arrecife, y reside en Miami. Esta chica se llama Dorothy Salder, y es digamos la… novia de Gillis. ¿No es una chica preciosa? Este otro se llama Gregory Lambert, y no lleva compañía femenina; claro que tampoco es tan apuesto como Gillis… Además observe que tiene una verruguita en un lado de la nariz. Deplorable. Y, por último, tenemos a Douglas Morrison; es el más joven, pero Gillis sigue siendo el más atractivo, ¿no le parece?

—¿Anclaron el yate en Nassau?

—Desde luego. ¿Qué opina de estas fotos? ¿No fue un buen trabajo? Oiga, no se sienta presionada, pero… ¿es bueno o no es bueno el trabajito?

—Muy bueno, de verdad —sonrió Brigitte—. Felicidades. ¿Qué más sabemos?

—Son fabricantes de armas.

—¿Qué? —Respingó fuertemente Brigitte.

—Fabricantes de armas, nena. Gillis, Morrison y Lambert son fabricantes de armas. Y no de pistolitas, precisamente. Ha sido muy fácil obtener datos sobre ellos. Son muy conocidos en Estados Unidos.

—¿Quiere decir que están… fichados por algo…?

—Nada de eso. Son personas intachables. Nadie da demasiada importancia a que Darren Gillis, además de yate, tenga una nenita para que le acompañe en sus cruceros de… relax.

—Ya. Vaya, fabricantes de armas…

—En gran escala. ¿Le sugiere algo esto?

—No sé… Desde luego es absurdo pensar que esos hombres vayan a venderle armas a Viktor Yedorev.

—¿Por qué le parece absurdo?

—Oh, vamos, no sea niño… ¿Qué pueden venderle? ¿Cien cañones, mil ametralladoras, algunos antiaéreos…? ¿Y cómo sacarían todo eso de Estados Unidos? No son guijarros precisamente. Además, Rusia no necesita esas armas. Sería como si comprase piedrecitas para tirárselas a alguien a la cabeza.

¿Cree que Rusia precisa unas cuantas armas norteamericanas? La cuestión de esa clase de armamento la tenemos decidida hace ya tiempo, tanto ellos como nosotros.

Simon adoptó una actitud hosca.

—Es lo que pensé yo. Pero tampoco vamos a creer que esa gente está por casualidad en Nassau. Ellos, de un modo u otro, tienen algo que ver con la presencia aquí de Yedorev.

—Supongo que sí. Pero no se me ocurre qué cosa puede ser. Y además Yedorev está encerrado en su *suite*, y esta noche va a cenar conmigo… Diríase que no quiere entrar en contacto con ellos, ¿no le parece?

—No sé. La rueda sigue girando, nena…, y nos va diciendo

continuamente que ese ruso es un tío listo. Está tramando algo…, y eso es lo que usted tiene que averiguar.

—Lo intentaré.

—Tiene que hacer más que intentarlo. Oiga, usted ha venido en plan señorial aquí, ¿no es cierto? Venga dar órdenes, venga pedir cosas… Y yo encantado, pero… ¿cuándo va a demostrarme que es usted digna de disponer de un veterano como yo? Y no se lo tome a mal, ¿de acuerdo?

—Le comprendo a usted. Y haré todo lo que pueda.

—Sí… Creo que eso sí lo hará. ¿Le dejo las fotos?

—No hace falta. ¿Dónde se han alojado estas personas?

—Tienen comodidades de sobras en el yate, encanto.

—Ah, claro. Bien, creo que no tenemos más remedio que esperar a que Yedorev se mueva. ¿Están vigilados los del yate?

—Mujer, claro —gruñó Simón.

—¿Por quién?

—Por mí. Desde un balandro llamado Blue.

—¿Y está perdiendo el tiempo aquí conmigo? ¡Vuelva allá!

—*Okay*. —Simón fue hacia la puerta, y desde allá miró a Brigitte de arriba a abajo—. Pero que conste, nena, que mirarla a usted no es perder el tiempo. ¡Madre mía, qué bocado tan exquisito…!

Capítulo V

—Ha sido una cena deliciosa, Amadeo.

—Brigitte —dijo seriamente Viktor Yedorev—: puedo asegurarte que hace años… muchos años, que no disfrutaba tanto en una simple cena. No hablemos de lo que hemos… ingerido. Hablemos de nosotros. ¿Podrías contestar a una sola pregunta?

—Espero que sí, querido —sonrió ella.

—Ésta es la pregunta: ¿por qué me siento tan bien a tu lado?

—Bueno, supongo que una chica bonita es…

—No, no, no. Estoy hablando en serio, Brigitte, mariposilla. No quiero molestarte, pero he conocido… otras chicas. Algunas de ellas eran tan bonitas como tú. Pero me producían una sensación de algo vacío… casi estúpido.

—Mi muy amado romano —sonrió dulcemente Brigitte—: en general las chicas son vacías y un poco estúpidas. Es algo que forma parte de ellas… según dijo un filósofo.

—¿Eso lo dijo un filósofo? —Movió la cabeza Yedorev—. Bueno, una de dos: o el estúpido era él, o era un homosexual. En cualquier caso era un majadero. Y por supuesto si te hubiera conocido a ti se habría guardado sus estúpidas ideas para meditarlas en soledad y con un mínimo de inteligencia.

—Yo creo que eres demasiado amable y cariñoso conmigo. Soy una chica inteligente hasta cierto punto, pero, a fin de cuentas, resulta que soy solamente una mujer.

—Me parece que me estás tendiendo una trampa para saber qué pienso de las mujeres —rió el ruso—. Una cosa puedo decirte: no lamento que tú lo seas.

Brigitte deslizó una mano por encima de la mesa hasta colocarla sobre una de las de Yedorev.

—Lo único que podríamos lamentar los dos es que tuviésemos que separarnos —murmuró.

—¿Piensas abandonar Nassau?

—Yo no…, por ahora. ¿Y tú?

—No lo sé, de verdad. Por mi gusto me quedaría aquí para siempre, bajo este sol, sobre estas aguas azules, en este lugar quieto y alegre donde me siento tan feliz…

—Pues quédate. Eres millonario, Amadeo… ¿Qué otra cosa puedes hacer en la vida que sea mejor que gozar de tus millones?

—Como la mayoría de las personas, mariposilla, tienes una idea equivocada de lo que es un millonario.

—No te pido que te quedes por egoísmo o conveniencias mías. Si todo lo que yo ambicionase en la vida fuese un millonario…

—No sigas —Viktor Yedorev cerró los ojos—… Sé que podrías haber encontrado en cuanto tú quisieras alguien mejor que yo, incluso… más rico.

—Ése es tu error —musitó Brigitte—. Podría haber encontrado muchos millonarios más ricos que tú, pero no mejores que tú. Tengo algo de dinero… No demasiado. Pero lo único que yo quisiera es que tú me hubieras estado mintiendo. Quisiera que no fueses millonario, que no tuvieses un solo centavo, o un penique…, o una sola lira. Entonces te lo ofrecería todo… Y al decir «todo», lo que menos importancia tiene para mí es precisamente el dinero.

Viktor Yedorev estuvo unos segundos silencioso, profundizando en aquellos hermosos ojos azules llenos de promesas. Sabía positivamente que no encontraría jamás otra mujer como Brigitte Montfort.

—Tú también sabes decir cosas hermosas —murmuró.

—Las estoy aprendiendo de ti. Y… no te miento, Amadeo.

El ruso quedó silencioso. Sabía que Brigitte no le estaba mintiendo. Lo sabía con tanta seguridad que sentía una congoja profunda, cruel… Encendió un cigarrillo, y miró alrededor, como distraído, pero sin estarlo, ciertamente. Sólo pensaba, mientras miraba en torno el elegante comedor del Prince George Hotel, uno de los mejores de Nassau. La cena con Brigitte había sido un punto aparte, un paréntesis en aquella dura vida que llevaba el famoso espía Viktor Yedorev… Era muy difícil engañarlo. Y al mismo tiempo era muy difícil que cuando alguien le estaba diciendo la verdad él no se diese cuenta.

—¿Quieres más champán? —ofreció.

—¿Por qué no? —aceptó Brigitte—. Sólo que estoy pensando que lo tomaríamos más agradablemente en mi *suite*…, o en la tuya. Ya sé que no te interesa mi dinero, claro, así que lo que te estoy ofreciendo es… otra cosa.

Viktor Yedorev iba a decir algo cuando su vigilante mirada se fijó en la puerta de comedor. Brigitte miró hacia el mismo lugar, pero permaneció impasible cuando vio a los cuatro personajes recién llegados. Eran los fabricantes de armas: Darren Gillis, Gregory Lambert y Douglas Silverton. Tomada del brazo del primero entraba también la muchacha llamada Dorothy Salder.

—Creo que ibas a decirme algo —murmuró Brigitte.

—Sí —la miró él—. Iba a decir que podríamos marcharnos ahora mismo de aquí. ¿Qué contestas?

Brigitte dio la respuesta poniéndose en pie. Yedorev la imitó inmediatamente, la tomó del brazo, y se dirigieron hacia la salida del comedor. Segundos después tomaban el ascensor hasta el tercer piso, donde Brigitte tenía su *suite*.

Ella abrió la puerta y miró al ruso.

—Sólo tienes que entrar… y pedirme lo que quieras, Viktor. Yedorev sonrió desganadamente.

—No me encuentro demasiado bien, Brigitte… ¿Te importaría que aplazásemos este momento?

—No sé si llorar o darte las gracias —tembló la voz de ella.

—Ni una cosa ni otra. Mañana temprano podríamos salir a pescar. No olvides que la lancha que yo alquilé es igualmente tuya. Pero esta noche… tendrás que disculparme.

Brigitte se apoyó en el marco de la puerta.

—Debo de ser tonta, pero me siento a cada instante más enamorada de ti. Si crees que debes marcharte, hazlo. Pero… pronto, por favor.

Yedorev sonrió distraídamente, y besó los tiernos labios de la más bella espía y contraespía del mundo.

—Hasta mañana, Brigitte.

—Hasta… hasta cuando tú quieras, mi amor.

Viktor Yedorev se alejó hacia la escalera que le conduciría a sus habitaciones, en el piso inmediatamente superior. Brigitte cerró la puerta, y fue a sentarse en el sofá. Encendió un cigarrillo y sacó la polvera del bolsito de noche.

—¿Simón?

—Hola, nena. ¿Cómo no está con Yedorev?

—Dice que se encuentra mal. Mentira, desde luego. Según parece se ha dirigido hacia su *suite*. ¿Qué está pasando con los del yate?

—Los he seguido hasta el hotel. Imagino que pretenden cenar ahí. Es fácil comprender que están un poco aburridos de las comidas del yate. ¿Puedo servirla en algo?

—¿Ha quedado alguien en el yate?

—Que yo sepa, no. ¿Por qué?

—Es posible que esta noche decida dar un paseo por el embarcadero.

—No sea cándida: esa gente no son de los que se olvidan cosas en los sitios por donde pasan. No habrá nada importante en el yate… ¡Corto y espere mi llamada!

Brigitte se quedó mirando sobresaltada la polvera. Intentó reanudar la comunicación, pero desistió enseguida comprendiendo que Simón, por el motivo que fuese, no podría atenderla.

Simón la llamó un par de minutos más tarde.

—¿Nena?

—Sí, sí… ¿Qué ha ocurrido?

—Según parece nuestro querido cuervo no debe de sentirse demasiado indispuesto: acaba de salir del hotel. Diez contra uno a que se dirige al embarcadero.

—¿Cree que va al yate?

—Apuesto a que sí.

—¿Continúan los fabricantes de armas en el comedor del hotel?

—Se lo digo si espera un minuto.

—Lo espero.

Pasó penas un minuto cuando volvió a oírse la voz de Simón.

—¿Cariño?

—Sí, dígame.

—Ellos están en el comedor. Van a empezar a cenar pronto… No parecen tener la menor prisa. Y Yedorev debe de estar llegando ya al embarcadero. ¿Quiere que vaya a echar un vistazo?

Brigitte titubeó unos segundos.

—No… No, Simón. Continúe vigilando a esa gente. Yo iré a ver qué está haciendo Yedorev en el yate.

—¿Quiere un consejo de alguien que la adora?

—¿Por qué no? —rió la divina espía.

—Éste es el consejo: vaya armada. Porque, mi querida niña, el cuervo va armado en esta ocasión. No se nota…, a menos que uno tenga experiencia en estas cosas. Y mi experiencia me dice que Viktor Yedorev lleva una formidable pistola, seguramente de fabricación Italiana o alemana. Y resulta que la lleva justamente en la axila, según los buenos cánones. En la izquierda, claro.

—Lo tendré en cuenta. Le llamaré en cuanto pueda.

Cortó la comunicación, guardó la polvera en el bolsito, y fue al armario, del cual sacó su maleta más grande. Destapó el doble fondo y sacó de allí su pequeña pistola de cachas de madreperla. Se aseguró de que estaba perfectamente cargada y en condiciones, y la sujetó, según costumbre, a la cara interna de su muslo izquierdo, utilizando tiras de esparadrapo de color carne. Cogió el bolsito y salió a toda prisa de la *suite*. Salió del hotel por la parte de la playa. Enseguida vio las luces del embarcadero, y se dirigió hacia allí. En menos de tres minutos se detenía a poca distancia del yate Arrecife. No se veía ninguna luz a bordo, lo cual hacía presumir que no había nadie en él… Pero de pronto una luz brilló en cubierta.

Sin detenerse a pensarlo Brigitte se dirigió al yate y subió por la pasarela blanca, azul y roja que lo unía al embarcadero. Lo hizo a toda prisa, y, una vez a bordo, buscó el lugar más oscuro, dispuesta a permanecer a la expectativa. Muy pocos segundos después, viendo de dónde brotaba la luz, comprendía que desde allí no iba a enterarse de nada. La luz salía del ventanal corrido de las cabinas donde, lógicamente, debía estar el *livingyacht*. Se deslizó hasta allí y miró brevemente a través de uno de los cristales.

Se apartó a toda prisa, pero en sus ojos quedó fija la imagen que acababa de impresionar: abajo, en la salita del yate, había visto perfectamente a tres hombres. Uno de ellos era Viktor Yedorev. A los otros dos no los conocía.

Y lo que resultaba más interesante era que Viktor Yedorev estaba apuntando a los otros dos con su pistola.

Se volvió a asomar, cautelosamente. Cierto. La imagen impresionada en sus pupilas había sido correcta. Allá estaba el falso Amadeo Melli de Renzo, apuntando su pistola a la espalda de dos hombres que se hallaban colocados en postura en verdad difícil, con

las manos pegadas a la pared que formaba el casco de yate. Evidentemente Yedorev les estaba preguntando algo, pero en esta ocasión Brigitte no pudo «ver» sus palabras, ya que tanto Viktor como los otros dos hombres estaban vueltos de espaldas a ella.

Yedorev se acercó a ellos y movió la pistola… Era muy mala suerte ver siempre a Yedorev en acción precisamente cuando no podía oírlo. Al parecer, uno de los hombres había contestado algo que molestó a Viktor, porque éste se acercó más a él y le golpeó con la pistola en los riñones, con fuerza, salvajemente. El hombre fue lanzado contra la pared, y cuando rebotaba Yedorev volvió a golpearle en los riñones. El sujeto cayó ahora de rodillas, y Yedorev lo lanzó contra la pared de un rodillazo en la nuca. Enseguida se volvió hacia el otro, que parecía querer aprovechar la ocasión para atacarle, y le alcanzó con un golpe de pistola en la barbilla cuando ni siquiera había tenido tiempo de adoptar una clara actitud ofensiva. Acto seguido le hundió violentamente el cañón de la pistola en el estómago, y el hombre se encogió, cayó de rodillas…, y Yedorev lo tiró al suelo de un puntapié en la garganta.

Arriba, Brigitte se estremeció ante la dureza de los golpes de su colega ruso. Una dureza parecida a la que habían empleado con él la noche anterior, pero más cruel, más fría. El hombre que golpeara a Viktor estaba furioso, irritado, pero Viktor ni siquiera tenía esa disculpa: golpeaba cruelmente en puntos dolorosamente sensibles, pero que permitían a la víctima conservar una cierta lucidez.

El primero de ellos quiso levantarse, y su mano se deslizó hacia el punto de la pared donde, cruzadas, había dos cañas de pesca, pero Viktor le vio, se acercó a él, y le golpeó con la pistola en la nariz, luego en la frente, y en la boca… El hombre se deslizó hacia el suelo completamente bañado en sangre. Entonces Yedorev se ocupó del otro. Lo agarró por los cabellos, lo arrastró hacia el diván corrido bajo el ventanal, y lo tiró rudamente encima. Lo apuntó con la pistola y volvió a preguntar algo.

El hombre contestó, tartamudeando:

—… noche… aeropuerto… no lo sé…

Eso fue todo lo que pudo «ver» Brigitte. Yedorev cogió al hombre desvanecido como si fuese una piltrafa y lo sentó en el diván, junto al primero. Dijo algo, y el sujeto que permanecía consciente se apresuró a reanimar al otro, invirtiendo en ello casi

un minuto. Entonces los dos desconocidos se quedaron mirando a Yedorev con ojos desorbitados… Brigitte los veía de frente ahora, y podía ver bien sus asustadas expresiones.

Pero no la de Viktor Yedorev.

Tampoco pudo ver su mueca cuando disparó contra los dos hombres. Ni oyó nada; la pistola estaba provista de silenciador. Sólo vio un ligero resplandor anaranjado, o morado quizá. Vio a los dos hombres encogerse, llevarse las manos al vientre… Enseguida, por entre sus dedos, aparecieron chorros de sangre. Uno de los hombres cayó de rodillas delante del diván, y tendió una mano roja de sangre hacia Yedorev, el cual volvió a disparar, fríamente siempre, sin odio, sin pasión de ninguna clase. Fue un crimen absoluto, una muerte brutal… La bala dio de lleno en la frente del hombre que había pedido piedad, lo empujó de nuevo contra el diván, pareció aplastarlo. Acto seguido Viktor Yedorev se acercó al otro, se inclinó sobre él, y le disparó un tiro en la sien izquierda. Finalmente los volvió a los dos boca arriba y tocó sus cuellos, en busca de un posible latido de vida.

Pero no.

Ninguno de ellos tenía en su pecho el más débil soplo de vida, el más ligero aliento.

Brigitte estaba paralizada de espanto. Veía ahora el rostro de Yedorev, de perfil, y estaba segura de que su expresión volvía a ser la habitual, la normal: aquella expresión amable, apacible… Era como si nada hubiese ocurrido allí. Y, sin embargo, el espía ruso acababa de asesinar a dos hombres con una frialdad tal que Brigitte Montfort no podía librarse de aquel agarrotamiento muscular, aquella paralización emocional, aquel ahogo que sentía en la garganta…

De pronto Yedorev miró hacia arriba, hacia los cristales que formaban el ventanal de la sala de recreo del yate. Brigitte se escondió precipitadamente, segura de no haber sido vista, pero aterrorizada. Desde luego si Yedorev salía a matarla a ella se le adelantaría… Sí, eso iba a hacer. Si Viktor Yedorev salía dispuesto a disparar contra ella lo mataría apenas apareciese en la cubierta… Dispararía contra él con la misma frialdad que el ruso había utilizado para asesinar a aquellos dos pobres diablos.

Mas cuando Yedorev apareció en cubierta lo hizo lentamente,

mirando a todos lados. Llevaba la pistola en la mano, pero por su actitud Brigitte comprendió que no la había visto. Yedorev regresó al interior del yate, y reapareció poco después llevando en brazos uno de los cadáveres. Lo dejó junto a la borda y volvió abajo. Reapareció con el otro cadáver, también en brazos, se acercó a la borda, y lo dejó caer directamente al agua. Las luces del embarcadero y de Rawson Square le daban en la espalda. Enseguida tiró también al agua al otro sujeto.

Brigitte asistía a la escena sin moverse, sin respirar. En cuanto hiciese el menor movimiento Viktor Yedorev la oiría, sabría que había alguien allí… Y no quería matarlo. No, al menos, de momento, hasta que supiese qué estaba pasando en Nassau relacionado con el famoso espía soviético, con los fabricantes de armas, con aquellos hombres desconocidos… Jamás había estado tan cerca de la muerte Viktor Yedorev. Pero la mente de Brigitte Montfort no era una mente asesina, sino vivaz, calculadora, especulativa: si el ruso hacía aquello sus motivos tendría. Motivos malos, sin duda, pero motivos que interesarían enormemente a la CIA.

Regresó Yedorev una vez más al interior de yate. Brigitte oyó sus pisadas en los peldaños de madera de la escalerilla interior, y se dispuso a asomarse una vez más. Se sentía fascinada por aquel atractivo y viril rostro de expresión amable unas veces… y tan dura otras.

Justo entonces, como advertida por un soplo mágico, la bella volvió la cabeza hacia el embarcadero, y vio a los dos hombres que se acercaban al yate. Estaban tan cerca que era imposible salir de allí sin que la viesen. Y cuando el primero de los dos ponía el pie en la pasarela Brigitte todavía no sabía qué hacer. Estaba como alucinada cuando aquel hombre hizo oír su voz.

—¡Egan! —llamó con fuerza—. ¡Wolf!

Oyó la voz del otro mientras corría hacia proa.

—Deben de estar dentro. Veamos si hay novedad aquí.

Cuando la cabeza del primero de ellos alcanzaba el nivel de la borda Brigitte empezaba a descolgarse ágilmente por la proa. Sus pies tocaron la cadena del ancla cuando aparecía el segundo hombre.

—¡Wolf! —llamaba—. ¡Somos nosotros!

Se dejó caer, confiada en su agilidad. Se precipitó hacia el agua, y, cuando creía que había calculado mal y que el ruido de su caída al agua atraería la atención de los dos hombres, sus manos se crisparon en la gruesa cadena del ancla. Estuvo colgando unos segundos, como un encantador fantasma vestido de noche. Luego se izó a pulso, asió la cadena más arriba, y se sujetó con piernas y manos, jadeando contenidamente.

—¡Egan! ¡Wolf! ¿Estáis ahí?

El agua, moviéndose apenas, producía un leve rumor contra el casco del Arrecife.

Y ésa fue toda la respuesta que recibieron aquellos dos hombres, porque el cuervo había vuelto a utilizar su corvo y feroz pico…

Capítulo VI

Hubo un minuto de silencio total en el yate. Luego volvió a oírse la voz de uno de los dos hombres recién llegados.

—Abajo no están.

—Ni aquí arriba tampoco —gruñó el otro—. ¿Has mirado bien?

—¡Qué demonios de mirar bien! ¿Acaso iban a esconderse al llamarlos nosotros? No están, y eso es todo.

—¿Qué hacemos?

—Hay que avisar esto inmediatamente. No me gusta nada.

—Ni a mí… Volvamos al hotel: que piensen los que tienen la cabeza mejor puesta que nosotros.

Brigitte oyó las pisadas en la cubierta, hacia la pasarela. Casi inmediatamente, el silencio. Le constaba que Viktor Yedorev no había abandonado el yate, pero evidentemente no habían sabido encontrarlo… o no habían querido.

¿Realmente se habían alejado los dos sujetos del yate, del embarcadero? ¿O era una trampa? Con no pocas dificultades Brigitte consiguió abrir su bolsito y sacar de él la polvera. Efectuó la llamada.

—Simón —susurró—… ¿Me está oyendo, Simón? Silencio.

Unas gotitas de sudor aparecieron en el rostro de Brigitte.

A menos de un metro veía el agua, negra, brillante de luces a su alrededor. Y muy cerca bajo sus pies reposaban los dos hombres, que Viktor Yedorev había asesinado. Las cosas habían cambiado de tal modo que si ella subía a cubierta podía encontrárselo allí, vigilante, dispuesto a todo…, incluido matarla, naturalmente.

—Simón —insistió quedamente—… ¡Simón!

Silencio.

Las manos de Brigitte comenzaban a arder en su contacto con la gruesa cadena del ancla. Podría aguantar todavía algunos minutos, pero si alguien estaba vigilando el yate o en el yate esperando

acontecimientos la verían subir a bordo. A menos que se dejase caer al agua, perspectiva que no le hacía ninguna gracia.

—Simón —insistió angustiada—… ¡Simón, escúcheme…!

—No grite tanto, nena. Y procure ser menos inoportuna en sus llamadas. ¿Qué mosca le pica ahora?

Brigitte estuvo a punto de gritar de alegría, pero consiguió incluso un tono de voz sereno y bien controlado:

—Estoy en apuros, Simón… Me encuentro colgando de la cadena del ancla del Arrecife, en el lado de babor, aguas adentro.

—Caray… ¿Y qué hace ahí?

—Pues estoy… ¡No voy a explicárselo ahora!

—¿Por qué no? Francamente, es usted la criatura más original que he conocido. Nunca nadie me había llamado para decirme que se había colgado de la cadena de un ancla.

—¡Voy a caer al agua!

—¿Acaso no sabe nadar?

—Por el amor de Dios… ¡No hable más y venga a ayudarme!

—Ya estoy corriendo hacia ahí, nena.

Se cortó la comunicación. Brigitte regresó la polvera al bolso, y se dispuso a esperar, en la confianza de que Simón llegaría antes de que sus fuerzas se agotasen. De lo contrario…

* * *

El blanco balandro de Simón pasó junto al Arrecife apenas seis minutos más tarde. Ni siquiera fue necesario que se detuviera. Después del último impulso de la pértiga con gancho para pesca Simón sólo tuvo que alzar los brazos y recibir en ellos a Brigitte. La dejó sobre la cubierta inmediatamente, y continuó manejando la pértiga. Había bajado la vela, de modo que su corta singladura no podía ser más discreta. Dio la vuelta al fondo del embarcadero, y regresó al lugar donde solía dejar el balandro. Para entonces Brigitte estaba ya perfectamente, y pudo sonreír cuando su compañero de espionaje en aquella misión se dejó caer a su lado.

—Bueno, mariposilla —dijo amablemente—, parece que sus alas no han funcionado esta vez.

—No me hace nada de gracia, ¿sabe?

—Es usted una desagradecida. ¿Acaso no acabo de salvarle la

vida?

—No quería mojarme, simplemente. Llevo muchas cosas encima que no quiero que se estropeen: la pistola, la radio, el arsénico… Y me pareció peligroso dejarme caer al agua.

—Está bien, está bien. ¿Qué ha pasado exactamente? Y no perdamos mucho tiempo: recuerde que la gente del yate está ahora libre de vigilancia, nena.

Brigitte aceptó el cigarrillo que Simón había encendido mientras hablaba. Inmediatamente procedió a una concisa pero exacta explicación de los últimos acontecimientos. Explicación que dejó a Simón un tanto perplejo.

—Parece que ese Yedorev es amigo de todo el mundo, ¿no?

—Es un asesino, Simón… ¡Un auténtico asesino!

—¿Qué esperaba?

—No sé… Anoche, cuando le rompió el cuello a aquel hombre después de reventarle los ojos, creí que lo hacía por salvar su vida… Yo habría hecho lo mismo en su lugar. Pero ahora le he visto asesinar a dos hombres con toda frialdad. Los tenía dominados, desarmados, y los golpeó y los mató a balazos fríamente.

—Tranquilícese. Me recuerda usted a una niña con toda la desilusión de descubrir que no existe Santa Klaus. Mire, Viktor Yedorev es un espía, como nosotros. Si yo tengo que matar, mataré. Usted lo mismo, ya que, precisamente, ha venido aquí a asesinarlo a él. En mi opinión no tenemos derecho a criticar demasiado a Yedorev porque esté haciendo su trabajo. ¿Lo entiende, supongo?

—Sí, lo entiendo… Pero todo esto es… demasiado duro.

—Asombroso descubrimiento. Mire, bonita, si quiere hacer algo inteligente mate en cuanto pueda a Viktor Yedorev, regrese a casa y dedíquese a coleccionar mariposas. Estas cosas no le van a una nena tan dulce como usted. ¿De acuerdo?

—No. Sería largo de explicar, pero éste es mi auténtico trabajo, éste es el trabajo que yo quiero hacer… No me importa lo que tenga que sufrir, lo cruel que me resulte aprender. Tengo que ayudar a unos y perjudicar a otros, eso es lo que quiero, así lo siento, y así lo haré siempre. Ayudaré a quien lo necesite y combatiré a quien intente abusar de su fuerza.

—Hermosas pero estúpidas palabras, nena.

—Sí… Eso me parece a mí misma a veces, pero sé que en el

fondo yo tengo la razón, que la verdad está de mi parte.

—¿Y quién le discute eso? —sonrió cínicamente Simón—. La razón moral, sentimental o divina puede estar de su parte, pero en el espionaje quien gana y por tanto domina la razón es el más astuto. Créame, bonita: mate a ese ruso y márchese de aquí. Luego dedíquese a vivir tranquila y feliz…, todo lo más dando besitos a los pobres espías que siempre viven angustiados.

—¿Espías como usted, por ejemplo? —sonrió Brigitte.

—Más o menos —sonrió también Simón—. Pero me temo que moriré sin haber besado a la más hermosa mujer que…

Fue una mentira, aunque involuntaria, del buen Simón. A partir de aquel momento podría morir cuando quisiera, porque Brigitte le besó. Y lo hizo con auténtico cariño, con una simpatía profunda, que el espía supo apreciar en toda su magnitud.

Se quedó mirándola fijamente, procurando ocultar su emoción.

—Oiga, nena —dijo—: si se corre la voz de esto todos los muchachos de la CIA estarán esperando enloquecidos que la envíen a usted a trabajar con ellos.

—Pues no corra la voz —casi rió Brigitte.

—Lo pensaré. Bueno, no ha sido un beso de pasión desbordada, pero… casi lo prefiero así. Y se lo agradezco. Con todo esto me he convencido definitivamente de que tiene usted demasiado… corazón.

—¿Cree que soy una mala espía?

—No. Tengo la impresión de que, aunque todavía no lo es, será una espía inteligente, astuta, calculadora, cerebral… Pero tenga cuidado con ese corazón, nena. En cuanto se descuide va a jugarle muy malas pasadas. Y ahora, a menos que quiera que la ataque con toda la fuerza de mi pasión turbia y violadora, dígame qué quiere hacer.

—Simón, es usted encantador.

—Es la primera vez que me oigo decir eso. Bien, ¿qué hacemos?

—No sé… De momento yo voy a regresar al hotel. Quizá Yedorev se las arregló para salir del yate sin que ni aquellos dos hombres ni yo le viésemos, y está tan tranquilo en su *suite*.

—Quizá. ¿La acompaño?

—No. Prefiero que se quede vigilando el yate. Utilice los prismáticos, si tiene.

—Claro que tengo.

—Pues vigile bien. Yo le diré algo por la radio dentro de media hora.

—De acuerdo. ¿Y la gente del yate?

—Echaré un vistazo al comedor a ver qué pasa por allí.

Saltó al embarcadero y se alejó rápidamente, seguida por un profundo suspiro de Simón, el pobrecito espía… que lo estaba pasando estupendamente con una compañera de misión tan bella y dulce. Tenía la esperanza de que aquella manada de lobos no pudiera acabar con tan dulce y exquisita vida.

Principalmente el hombre llamado Darren Gillis le había parecido duró e implacable, capaz incluso de ordenar cualquier asesinato…

* * *

Darren Gillis alzó la cabeza y miró interrogante al hombre que se había colocado junto a él.

—Señor Gillis —dijo el hombre—, algo ha ocurrido en el yate: Egan y Wolf han desaparecido.

Gillis frunció el ceño, pero enseguida esgrimió la despreocupada sonrisa de quien está acostumbrado a ser el centro de atención de muchas miradas.

—¿Cómo que han desaparecido? —deslizó.

—Sí señor. No están en el yate. No hay nadie allí. Perry y yo hemos ido a ver cómo estaban las cosas, y no hemos visto a nadie. Pero algo inesperado ha sucedido.

—¿A qué te refieres, James?

—Un hombre y una mujer están interviniendo en esto.

—¿El hombre es Yedorev?

—No señor. De Yedorev no tenemos la menor pista desde que se marchó del comedor en cuanto ustedes entraron. Pero la mujer de que hablo es la misma que estaba con él en su mesa.

—La recuerdo muy bien… Es muy hermosa. ¿Qué ocurre con ella?

—Cuando Perry y yo estuvimos en el yate y no vimos a nadie decidimos venir a avisarle a usted. Pero luego pensamos que sería una buena idea vigilar un rato las proximidades de yate. Poco

después de desembarcar nosotros, un balandro que tiene el nombre de Blue pasó junto al yate, por la parte interior del embarcadero, y recogió a esa chica que estaba con Yedorev. Perry y yo hemos pensado que ella estuvo colgada de la borda o de la cadena del ancla, y que su amigo pasó a recogerla.

—¿Y seguro que ese amigo no era Yedorev?

—Seguro, señor Gillis: no era Yedorev.

—Parece que las cosas se van complicando. ¿Se sabe algo de Steven?

—No. Él fue el encargado de matar a Boris Zarin, y luego tenía que esperar a Yedorev en la misma cabaña para matarlo también. Pero no sabemos nada de él desde anoche, y tampoco tenemos idea de dónde pueda estar el cadáver de Boris Zarin… Esto tiene que ser obra de Yedorev, señor Gillis.

—Me temo que sí. ¿Dónde está Perry?

—Afuera, esperando instrucciones.

—¿Y la chica que estaba con Yedorev?

—Ha entrado en el hotel y ha subido al cuarto piso. La he visto llamando a la puerta 14 D.

—Ésa es la *suite* de Yedorev… Ese hombre es muy escurridizo, pero parece que sus colaboradores no lo son tanto. Éstas son mis instrucciones, James: ve a buscar a esa chica y llévala al yate. Dile a Perry que se encargue del hombre de ese balandro llamado Blue: que lo mate.

—Sí señor. ¿A la muchacha no debemos hacerle daño?

—No, hasta que haya contestado algunas preguntas en el yate.

—Sí señor. Delo todo por hecho. Será un placer hacerle cosquillas a esa encantadora muchacha de ojos azules…

* * *

Brigitte había subido en busca de Yedorev con el pretexto de interesarse por su salud, pero tras insistir en sus llamadas a la puerta de su *suite* comprendió que el ruso no estaba.

Tras esto, bajó a los jardines que rodeaban la piscina del hotel, en el sector situado frente a la playa, pero tampoco allí vio al espía soviético por parte alguna.

En cambio, vio perfectamente al hombre que se colocó

sonriendo frente a ella, y sintió un vuelco en el corazón cuando se fijó en su rostro y lo identificó enseguida…, al mismo tiempo que el hombre decía:

—Encanto, tengo una pistola en el bolsillo de la chaqueta, y la está apuntando a usted. ¿Verdad que no le gustaría que se disparase?

—Sea tan amable de no molestar, señor —replicó Brigitte, con un aplomo que la sorprendió a ella misma—. No me gustan las bromas de gente que no sabe beber.

—Pues esta broma va a tener que soportarla, guapa. De modo que mueva esos lindos pies hacia la playa. Vamos a ir los dos, en buena armonía, al Arrecife. ¿Sabe lo que es?

—Claro que no. Y si insiste en molestarme llamaré a la…

—No lo diga, que va a romperme el corazón. O mejor dígalo, porque me pica la curiosidad. ¿A quién llamará?

—A… a la Policía colonial, naturalmente…

—¿Y por qué no a la Marina, guapa? Mire, si no empieza a caminar hacia la playa antes de cinco segundos la dejo seca aquí mismo de un balazo. Le juro que estoy hablando en serio. Y no me venga con más conversaciones tontas y todo eso. Los dos sabemos de qué va el asunto, así que menos pamplinas.

¿De acuerdo?

—De acuerdo —sonrió Brigitte—. ¿Puede decirme qué piensan hacer conmigo, señor?

—Primero seremos amables. Luego, seguramente, la mataremos.

Capítulo VII

El hombre dijo esto como regocijándose. Sin duda esperaba gozar viendo en Brigitte el sobresalto, el miedo, quizás el espanto… Pero la dulce Brigitte se limitó a mirarlo con graciosa curiosidad.

—¿Matarme, señor?

—Eso creo. Pero si se porta bien es posible que llegue a un acuerdo beneficioso con mí jefe.

—Entiendo. ¿Puedo pedirle un favor antes de ir a la picota?

—¿Cómo no, linda? Pero recuerde que si viene voluntariamente es posible que salve la vida. Si se niega a acompañarme tendré que disparar ahora mismo contra usted.

—Con lo cual estropearía el bolsillo de su chaqueta, ¿no es así?

—Yo puedo comprar muchas chaquetas, linda. En cambio, usted, si pierde la vida, ¡puf!, ya no podrá comprar otra.

—Eso es cierto, señor. Y por si acaso voy a morir… ¿le importa que lo haga de un modo decente?

—¿De qué está hablando?

—Estuve antes colgada del ancla de su yate, y mi maquillaje se ha humedecido. ¿Puedo recomponerlo? Soy muy presumida, ¿sabe? Incluso para morir.

Brigitte abrió el bolsito, pero la mano izquierda del hombre cayó sobre él rudamente, y se lo arrebató. Lo mantuvo abierto ante él, dirigiendo breves miradas a su interior.

Luego se lo devolvió, mascullando:

—Déjese de tonterías y vamos al yate.

—Si se molesta en mirar a su alrededor, señor, observará que hay mucha gente en las terrazas y en la piscina. Quizás encuentren algo… inquietante en usted, en su actitud, a menos que dé un toque de… naturalidad al encuentro. ¿Qué le parece?

—Está bien, póngase ese estúpido maquillaje y salgamos de este lugar. Y sin bromas, linda. No me gustan.

Brigitte sacó la polvera, y la abrió.

Tomó la borla maquilladora y se dio un toquecito en la nariz, preguntando:

—¿Y dice usted, señor, que quieren matarme?

—Sólo si es necesario. Dependerá de usted… y del jefe.

—Ah… Entiendo. Su jefe debe de ser el señor Darren Gillis, o sea, el propietario del yate Arrecife.

—Usted sabe muchas cosas, linda.

Brigitte se sonrió a sí misma en el espejito de la polvera.

—Algunas solamente. ¿Quiere que le diga algo, señor? En lugar de ir con usted al embarcadero, o sea, al yate Arrecife, preferiría darme un bonito baño en una de esas frescas piscinas. Pero, claro, no va a poder ser, ¿verdad?

—Habla usted demasiado, y además como una tonta —gruñó James—. Guarde ya ese trasto y camine.

—Oh, sí. Caminaremos por la parte de atrás del hotel, de modo que saldremos directamente al paseo que lleva al embarcadero. Entonces usted me llevará al yate Arrecife, y es posible que me maten. Pero no voy a discutir con usted, señor: si usted quiere que vayamos allá, pues allá iremos.

Sonrió de nuevo y guardó la polvera en el bolsito, mientras James la contemplaba con desconcierto y desconfianza. Pero Brigitte echó a andar paseo adelante, por entre las piscinas, y James partió tras ella. La espía no hizo en ningún momento la menor señal de resistencia, de modo que ambos salieron sin llamar la atención de los terrenos del Prince George Hotel, y se encontraron en el paseo que conducía al lugar del embarcadero donde estaba surto el Arrecife. Delante del hotel, en su embarcadero particular, se veían algunos yates, varios de ellos con las luces encendidas.

Y, cerca, embarcaciones de menor tamaño, oscilando suavemente sobre las aguas que recogían las multicolores luces del hotel, de otros hoteles, de clubes nocturnos…

—No se acerque al muelle, linda. Camine por el sendero de palmeras, bien discreta y calladita.

—Lo que usted diga, señor.

El hombre sonrió ceñudamente. Estaba pensando cosas que a él le parecían agradables y que, desde luego, a Brigitte no le habrían hecho la menor gracia. Veía ante él la hermosa silueta de la

muchacha, sus bien formadas piernas, su airoso caminar…

El brazo que apareció por detrás de él le sorprendió tanto que ni siquiera se le ocurrió iniciar cualquier acción defensiva, y, mucho menos, ofensiva. Cuando empezó a pensar en ello el cuchillo se clavaba ya en sus riñones, con un golpe seco y candente, doloroso.

Brigitte se había vuelto, y lo contemplaba con una sonrisa que pretendía ser amable y que resultaba pérfida.

—¿Qué le ocurre, señor? —se interesó—. ¿Se encuentra mal?

James quiso decir algo, pero el frío acero volvió a clavarse en sus riñones, sin que tan siquiera hubiese podido ver el rostro de la persona que lo estaba matando. Esta segunda cuchillada lo llenó de frío, de estremecimientos. La cabeza le daba vueltas, y sentía aquel terrible temblor en todo el cuerpo…

La tercera cuchillada partió su carne al mismo tiempo que el brazo que sujetaba su garganta apretaba más… La noche perdió su colorido de luces de neón, dejaron de brillar las estrellas y la luna… Las vueltas aumentaron en número y rapidez para la cabeza de James. Cuando recibió la cuarta cuchillada, tan dura, implacable y certera como las tres anteriores, siempre en la misma zona corporal, ya estaba muerto. Pero todavía recibió la quinta, mientras tras él se oía el jadeo de Simón en el último esfuerzo.

Luego, el espía norteamericano arrastró el cadáver de James hasta unas plantas rojas y amarillas y lo dejó caer entre ellas. Se volvió hacia Brigitte, ceñudo.

—¿Está bien? —masculló.

—Muy bien. Menos mal que recogió mi mensaje.

Simón limpió la navaja de resorte en las ropas de James, recogió la hoja, y se la guardó.

—Era muy fácil —encogió un hombro—. ¿Se da cuenta cómo siempre hay imbéciles que no saben nada de nada? Si usted hubiese intentado ponerse en contacto conmigo por medio de la polvera delante de Yedorev él le habría roto la cabeza… O, por lo menos, la polvera.

—Seguramente. Creo que le debo la vida, Simón.

—No le dé tanta importancia. Recibí orden de ayudarla, y eso es lo que estoy haciendo. ¿Qué pasó?

—Vámonos de aquí y se lo iré explicando. ¿Sabe algo de Viktor Yedorev?

—Ajá.

—¿Ajá? ¿Eso quiere decir que sí?

—Exactamente. El cuervo salió después que usted hubo desembarcado de mi balandro.

—Pero… ¡Oh, no puede ser! El hombre que usted ha matado y otro más le buscaban… Lo habrían matado si Yedorev hubiese estado en el yate.

—Claro, claro… A menos que estén trabajando juntos, nena.

Brigitte se mordió los labios antes de murmurar:

—Eso no tendría sentido… Es usted demasiado suspicaz.

—¿Eso es un chiste? —Alzó las cejas el espía—. ¿Qué quiere decir exactamente con eso de que un agente de espionaje es demasiado suspicaz?

—Yo creo… yo creo que a Yedorev también quieren matarlo. Él no tiene amigos en la isla.

—Excepto usted, claro —dijo Simón, sarcástico.

—No sé… Todo esto es muy extraño.

—No tan extraño. Viktor Yedorev debió de esconderse cuando llegaron los dos hombres que usted vio. Esperó a que se fueran y se alejó del yate…, con mucha más astucia que usted, nena, ya que según parece consiguieron localizarla. Apuesto algo a que no se alejaron del yate tanto como usted creyó; con lo cual nos vieron cuando la recogí. Luego la siguieron a usted, y supongo que alguien debe de estar ahora vigilando mi balandro…, de donde se desprende que si estoy vivo es debido a la llamada que usted ha hecho con su radio-polvera, ya que si hubiese permanecido en mi balandro me habrían asesinado fácilmente. O sea, dulce damita, que yo le he salvado la vida a usted, y usted, sin saberlo, me la ha salvado a mí. ¿No es estupendo todo esto?

—Simón, usted es más inteligente de lo que creí.

—Ah, ¡qué placer oír eso de sus hermosos labios, nena! En nombre de la CIA y mío propio, gracias, muchísimas gracias… ¿Qué hacemos ahora?

—No sé. Se me viene a la cabeza ahora lo que uno de aquellos hombres le decía a Yedorev antes de que éste lo matase…

—¿A qué se refiere?

—Si no recuerdo mal lo que oí fue: noche… aeropuerto… no lo sé…

—¿Y qué le sugieren ahora estas palabras?

—Tan sólo que quizá sería interesante darnos una vuelta por el aeropuerto. ¿Tenemos coche?

—Hijita, usted no hace otra cosa más que pedir: que si quiero estas fotos, que si estos informes, que si me maten a este tipo que quiere matarme a mí, que si un coche… ¿Qué haría usted sin mí, nena?

—Aburrirme —rió Brigitte—. ¿Tenemos coche?

—Tenemos coche. Vamos a buscarlo… Y explíqueme de una vez qué es lo que ha pasado con ese tipo que he tenido que acuchillar.

Habían abandonado ya el paseo de la parte trasera de los hoteles, en dirección opuesta a Rawson Square, de modo que salieron a Charlotte Street; mientras caminaban en dirección a Bay Street Brigitte explicó a Simón lo ocurrido. Un relato corto y conciso, ya que no hacía mucho que se habían visto la última vez, y, por lo tanto, solamente lo último sucedido requería explicación.

—Así aprenderá a no confiarse —comentó Simón al final del relato—. ¿Qué opina del coche?

Señaló el viejo automóvil estacionado en Charlotte Street, cerca ya de Bay Street. Brigitte miró con cierta desconfianza el vehículo, y expresó sus dudas:

—¿Cree que funcionará?

—Habrá que intentarlo —sonrió Simón—. ¿Se atreve?

—Desde luego. Deme las llaves y desaparezca.

—¿No voy con usted?

—Será mejor que siga vigilando a la gente del Arrecife.

—No me parece una idea demasiado buena…, pero lo haré. Tenga cuidado. Y llámeme cuando regrese del aeropuerto.

—Se está preocupando demasiado por mí.

—Quizás espero una importante recompensa —rió el espía.

—Pues no voy a negársela.

Lo besó suavemente en los labios. Luego tendió la mano, a la espera de las llaves del coche. Simón se las entregó, y se alejó resoplando cómicamente. Era el «Simón» con más sentido del humor que Brigitte había tenido hasta entonces como contacto y apoyo. La vio desaparecer por la esquina de Bay Street, desde donde llegaba una riada de colores diversos, ruido de automóviles, bullicio… Se metió en el coche, puso la llave en el encendido… Y

en aquel momento la otra portezuela se abrió, y Viktor Yedorev entró en el coche, sentándose junto a Brigitte, que contuvo un respingo y se lo quedó mirando con incredulidad.

—Amadeo… —Pareció suspirar el nombre.

—Hola —sonrió amablemente el ruso—. ¿Vas de paseo?

—Pues… sí, pensaba… dar un paseo, eso es.

—¿Hacia el aeropuerto?

—No lo había decidido todavía.

—Pues vamos a decidirlo ahora. Por favor: proa a Oakes Field, Mariposilla.

—Creí… que te encontrabas indispuesto.

—Ya pasó —sonrió Yedorev—. Vamos, vamos, no perdamos más tiempo. Supongo que aprovechar el tiempo es norma también en la CIA.

—¿En la… CIA?

—Eso he dicho.

—Pero… yo… yo no te entiendo…

—No es necesario que continúe el juego, mariposilla. Mi nombre auténtico, tú lo sabes muy bien, es Viktor Yedorev. Demonios, Brigitte querida: no me digas que creías que habías conseguido engañarme: te olí en cuanto pusiste los pies en la lancha esta mañana.

—Amadeo, te aseguro…

—No sé si me crees tonto o la tonta eres tú, querida. ¿Esperabas realmente engañar a Viktor Yedorev? Tu toma de contacto resultó encantadora, divertida…, e incluso muy placentera. Pero el juego de la mentira está terminando, de modo que —sacó la pistola y la apuntó al pecho— vamos a salir ahora mismo hacia el aeropuerto. ¿Está claro, mariposilla?

Brigitte se mordió los labios al ver la pistola firmemente apuntada a su seno izquierdo. El estampido de un disparo dentro del coche habría quedado bastante ahogado normalmente, debido a los ruidos de la ciudad. Pero con el silenciador todavía era menos probable que nadie oyese nada.

—Como tú digas, Amadeo —murmuró por fin la divina.

—Viktor —corrigió sonriente el ruso—. Viktor Yedorev, amor. En marcha.

Brigitte obedeció.

Pocos segundos después el coche circulaba por Nassau Street, y muy poco después veían el indicador: *To Oakes Airport*. Enseguida se encontraron en las afueras de la ciudad, tras haber cruzado Farrington Road.

—Para —ordenó Yedorev.

—¿Qué…?

—Frena. Detén el coche.

De nuevo obedeció Brigitte, acercando el coche a un lado de la autopista.

Siempre obedeciendo a Yedorev, se apeó. Yedorev lo hizo tras ella, indicándole que debía continuar caminando hacia el grupo de palmeras y arbustos que había en aquella parte del recorrido.

Brigitte notaba tras ella las pisadas del ruso. Y, de pronto, recibió el golpe.

Le pareció que un trueno retumbaba en su cabeza, y que dentro de ésta explotaban todas las estrellas del firmamento.

Luego nada.

Salvo el silencio y la oscuridad.

Capítulo VIII

Lo primero que notó al recobrar el conocimiento fue el intenso dolor de cabeza. Luego, cuando quiso llevarse allí las manos, se dio cuenta de que las tenía atadas a la espalda. También tenía atados los pies.

Miró hacia donde se oían los coches que iban y venían del aeropuerto, pero comprendió que nadie podría oírla por mucho que gritase. Las luces de los vehículos se cruzaban continuamente, siempre paralelas al lugar donde ella se hallaba, de modo que también era imposible que nadie pudiese verla. Vio el bolsito a su lado, y se quedó mirándolo con cierta incredulidad. De pronto apretó las piernas, y aún se sorprendió más al sentir el frío contacto de su pistola sujeta al muslo izquierdo con esparadrapo. Comprendió pronto lo que ocurría: Yedorev quería viva la pieza, pero tenía algo urgente que hacer, y, por el momento, la dejaba allí, bien amarrada, hasta que pudiese volver a buscarla.

Consiguió abrir el bolsito después de colocarse de espaldas sobre él. Luego sacó la polvera, que sujetó entre sus dientes con cierta dificultad hasta conseguir abrirla. La dejó en el suelo, giró sobre sí misma, y acercó su boca a la diminuta radio camuflada.

—Simón —llamó—… ¿Me está oyendo, Simón? No obtuvo respuesta.

Ni la había obtenido dos minutos después, cuando ya estaba sudando de angustia e impaciencia. Una idea comenzó a concretarse en su mente: ¿por qué tenía que pensar que Simón estaba en condiciones más favorables que ella? Era evidente que Viktor Yedorev los había visto juntos cuando ella recibió las llaves de coche. Luego vio marcharse a Simón.

¿Por qué creer que Yedorev, el astutísimo y peligrosísimo Yedorev, estaba trabajando solo?

Desistió de llamar a Simón. Se sentó en el suelo y con el tacón

de un zapato rompió el espejito de la polvera. Luego, colocándose nuevamente de lado, consiguió sujetar uno de los trozos del espejo con los dedos, y dobló las muñecas cuanto pudo hasta que la cortante arista entró en contacto con los finos cordeles que la maniataban cruelmente. Eran sólidos, pero tan delgados que al menor movimiento se clavaban en sus muñecas, casi cortando la tierna carne.

Tres minutos más tarde el sudor resbalaba copiosamente por el crispado rostro de Brigitte. Sabía que no disponía de mucho tiempo, y la tensión nerviosa, el miedo al regreso de Yedorev, dificultaban su labor. Los nervios empezaban a jugarle una mala pasada a Brigitte Montfort, la bella espía internacional. De pronto la tensión del cordel en sus muñecas cedió un poco. Dio un tirón, pero sólo consiguió lacerar más aún su carne. De todos modos pudo mover las manos con más libertad, y medio minuto después había cortado ya completamente el cordel. Separó las manos, casi gritando de alegría, e inmediatamente, con el trozo de espejito, cortó las ligaduras de sus pies, procediendo acto seguido a frotarse enérgicamente los tobillos y las muñecas. Recogió la polvera y los trozos del espejito, y lo guardó todo en el bolso.

Cuando se puso en pie la cabeza comenzó a darle vertiginosas vueltas. Las luces de los coches le parecieron gigantescos ojos malignos apuntando a todos lados, cegándola, aturdiéndola. Dio unos cuantos pasos, con los ojos cerrados. Torpe, pero sin vacilaciones, continuó caminando hacia la autopista notando progresivamente el mejoramiento de la circulación sanguínea, hasta el punto de que cuando llegó a la autopista caminaba normalmente. Le dolían los tobillos y las muñecas, donde tenía unas profundas marcas enrojecidas, casi moradas.

Cruzó la calzada y se colocó al otro lado, señalando graciosamente con el pulgar hacia la ciudad. Naturalmente muy pronto se detuvo un coche a su lado. Un hombre más bien gordo, de gran melena gris, se asomó por la ventanilla mirándola con pasmo admirativo.

—¿Puedo servirla en algo? —se ofreció.

—Si es usted tan amable de llevarme a Nassau, señor…

—No faltaba más. Suba.

Brigitte se acomodó junto al hombre, mirándolo sonriente.

—Es usted muy amable; se lo agradezco mucho.

—No tiene importancia… ¿Le ha ocurrido algo? ¿Se encuentra bien?

Aseguró que sí, y el coche reanudó la marcha hacia Nassau, mientras Brigitte pensaba en la conveniencia de volver a llamar a Simón. La radio de la polvera alcanzaba una milla solamente, y quizás el lugar desde donde lo había llamado distaba más de una milla de donde estaba en aquellos momentos su compañero de misión…

Se dio cuenta de que el conductor la estaba mirando, y lo miró a su vez.

—¿Ha tenido un accidente? —se interesó el hombre, curioso.

—No, no… Todo esto se debe a una broma con unos amigos.

—Aaaah… Entiendo.

En los pocos minutos que duró el trayecto hasta el cruce de Bay Street y Market Street el hombre habló poco, con seriedad, simplemente por mostrarse cortés. Aceptó con media sonrisa la frase agradecida de su pasajera, que se alejó rápidamente por Bay Street hacia el embarcadero donde estaba el yate Arrecife, y, muy cerca de él, la embarcación de Simón.

Antes de llegar al embarcadero, en una esquina de Rawson Square, Brigitte volvió a utilizar la radio de la polvera. Si Simón estaba todavía vigilando a los del yate en el comedor del Prince George Hotel, o rondando el yate, o en su balandro, tenía que oírla inevitablemente.

—Simón… Simón. Sin respuesta.

Un denso helor pareció incrustarse en la espalda de Brigitte cuando tuvo aquel presentimiento. De pronto dio la vuelta y regresó hacia el hotel. Entró, dirigiéndose directamente al comedor, al cual echó un discreto vistazo, procurando permanecer bien oculta.

Los personajes del Arrecife no estaban allí.

Salió de nuevo del hotel, sin prestar atención a las miradas de admiración y algunas un tanto intrigadas que le dirigían. En pocos minutos estuvo de nuevo en Rawson Square, y de allá caminó a toda prisa hacia el embarcadero. Vio enseguida el yate Arrecife, pero ni rastro de Simón. Debía de estar muy bien escondido…, pero eso no podía ser obstáculo para que contestase a su llamada por radio… De modo que insistió de nuevo.

—Simón… Le habla Brigitte, desde el embarcadero… ¿Me está oyendo, Simón? Sin respuesta.

Lo cual era definitivamente inquietante, ya que, suponiendo que en la anterior llamada no hubiese podido contestar por estar en algún lugar o situación comprometida, en los minutos que habían transcurrido desde entonces había tenido tiempo sobrado de ponerse en contacto con ella.

En el yate se veía un tenue resplandor, que debían de ser las luces del saloncito dando en el ventanal corrido a todo lo largo de las cabinas tras las cuales había asistido al asesinato de dos hombres a manos de Viktor Yedorev.

¿Habían regresado al yate los fabricantes de armas? ¿Dónde estaba Simón? Tomó de pronto la decisión.

Caminó hacia el balandro buscando los lugares menos iluminados. Cuando llegó a la embarcación, que se mecía suavemente, no vio a Simón. Le pareció poco probable que estuviese en la pequeña cabina donde tenía la litera. Pero vio suelta la puertecilla de vaivén, y esto la decidió a saltar al balandro, lo que hizo suavemente, hasta el punto de que la embarcación ni siquiera se movió. Alzó la falda y despegó la pistola del muslo, dejando el esparadrapo nuevamente pegado a la carne; aquélla era, en definitiva, la funda de su pistola.

Empujó las batientes, que cedieron con suavidad, sin ruido.

—Simón —llamó quedamente.

Un gemido debilísimo llegó, empero, con toda claridad a oídos de la muchacha. Entró ya con decisión, y prendió el encendedor. La pequeña llamita de gas mostró la sangrienta escena: Simón estaba tendido en el suelo, de bruces, pero alzando la cabeza… Brigitte vio el quinqué de pilas, y lo encendió, acudiendo enseguida junto a su compañero, que jadeó sonidos ininteligibles.

—Aaaa… aaa…

—Tranquilícese, Simón. No permitiré que muera…

Quiso moverlo, sólo lo justo para ver las heridas y valorar su importancia, pero el gemido de Simón la contuvo. Tenía la frente llena de sudor, y cuando retiró la mano de debajo de su cuerpo Brigitte la vio llena de sangre.

—En… en el cajón… ben… bengala…

La mano manchada de sangre señalaba hacia la pequeña cómoda

del rincón. Brigitte fue allá y procedió a abrir rápidamente los cajones hasta encontrar la bengala, que llevó ante los ojos de su compañero.

—¿Se refiere a esto, Simón? ¿Qué hago con ella? ¿La lanzo?

Simón, el agente anónimo, asintió con la cabeza. Cada vez había más sudor en su pálido y crispado rostro, y los ojos se le iban velando, cerrando…

—¿Salgo afuera y la lanzo? —insistió Brigitte—. ¿Seguro?

De nuevo asintió Simón con la cabeza, que de pronto cayó pesadamente contra el piso de la pequeña cabina. Brigitte puso una mano en un lado del cuello, sobre la carótida, y suspiró profundamente cuando percibió el latido, muy lento… Pero Simón vivía todavía.

Apagó el quinqué y requirió de nuevo el encendedor. Ya no necesitaba tanta luz. Ni siquiera para encontrar la pistola lanza-bengalas, que había visto en el cajón donde encontrara la bengala. La cogió, ahora a tientas, pues tras orientarse de nuevo había guardado el encendedor, y se deslizó hacia las puertecillas. Las empujó cuidadosamente y salió a cubierta, sin ponerse en pie, siempre arrastrándose. No sabía qué podía ocurrir cuando lanzase aquella bengala, pero si Simón se lo había pedido tenía que hacerlo. Sin duda, cuando en el cielo apareciese su resplandor algunas personas sabrían a qué atenerse.

Se colocó de lado, y cuando estaba a punto de apretar el gatillo su dedo se crispó, se agarrotó. Estaba viendo el embarcadero, y… y que la matasen si aquel hombre que se desplazaba con tanta seguridad y rapidez por los lugares más ocultos no era Viktor Yedorev. De pronto lo perdió de vista, debido a la altura del embarcadero. Se puso de rodillas, y estuvo a punto de gritar cuando vio al ruso acercándose velozmente al balandro.

Se arrastró presurosamente hacia la saliente de la cabina, y se tendió completamente allí, de modo que quedaba oculta a las miradas que pudiesen dirigir desde el embarcadero al balandro. No habría vacilado en matar en aquel mismo momento a Viktor Yedorev si no hubiera sido por la urgencia de cuidados que requería el estado de Simón. No quería complicaciones hasta que el bueno y simpático Simón estuviese en manos amigas. Si Yedorev se limitaba a echar un vistazo al balandro desde el embarcadero todo iría bien

para él, pero si el ruso abordaba la embarcación…

El balandro se movió de pronto, suavemente, y Brigitte se apresuró a dejar la pistola de señales a un lado y a empuñar la suya.

Notó el balanceo, y oyó el leve roce de las pisadas del espía soviético acercándose a la doble puerta batiente que llevaba a la cabina donde yacía Simón. Brigitte se arrastró silenciosamente sobre los codos y las puntas de los pies, asomando lo justo para ver dónde estaba Yedorev y qué intentaba.

Lo vio acuclillado junto a las puertecillas, con la pistola en la mano, casi vuelto de espaldas a ella. Y en aquel momento el ruso llamaba quedamente:

—Brigitte, soy Viktor… Tengo que hablarte para…

—Deja caer la pistola, Viktor Yedorev —ordenó Brigitte. El ruso inició el movimiento de volverse, diciendo:

—Temí que…

—¡No te muevas! ¡Y deja caer esa pistola!

—Brigitte, no perdamos tiempo. Tenemos…

—Parece que de pronto tienes mucha prisa. Ayer no hiciste más que pasear y dormir… aparte de matar a un hombre en tu cabaña. Esta mañana te dedicas a pescar tranquilamente, y, de pronto, todo son prisas… ¿Por qué?

—Porque ha llegado el momento de actuar.

—Qué interesante. Voy a contar hasta tres, cuervo. Si para entonces no has soltado esa pistola te mataré.

Yedorev envió la pistola hacia atrás, resbalando sobre la cubierta con fuerza hasta llegar junto a la borda, lejos de su alcance.

—¿Puedo volverme ahora? —inquirió serenamente.

—Desde luego. Ya que tengo que matar, que sea de frente, al menos. Me sentiré menos… asesina. Ya ves: son detalles que a ti no te importan, Viktor.

—No perdamos tiempo. Me asusté cuando no te encontré donde te dejé a salvo…

—¿A salvo? ¿Te refieres a ese lugar junto a la autopista donde me dejaste amarrada como… como si fuese un animal?

—Lo hice para protegerte.

—¡Para protegerme! —rió secamente Brigitte—. ¿También querías proteger a los hombres que has matado?

—Escucha, si he matado es porque resultaba necesario. Esos hombres están intentando algo espantoso, créeme. El que anoche tuve que matar en la cabaña quería matarme a mí… Su nombre verdadero es Ivan Rovanin, y estaba en tratos con Darren Gillis, Douglas Morrison y Gregory Lambert, que son los hombres que han llegado en el yate…

—¡Cuánto sabes, Viktor querido!

—Boris nos lo advirtió a Moscú.

—¿Boris? ¿Boris Zarin?

—Sí. Boris era leal a nuestro servicio secreto. Pero Ivan Rovanin encontró un medio de ganar dinero fácilmente, igual que Anton Karianof. Estaban utilizando el poder del espionaje ruso en Estados Unidos para conseguir beneficios personales…

—¿Quién es Anton Karianof?

—Un hombre que en Estados Unidos se hace llamar Peter Salk. Éste e Ivan Rovanin estaban trabajando para Darren Gillis y los otros dos fabricantes de armas. Pero Boris Zarin lo supo, y nos lo avisó a Moscú. Pese a que aceleré el viaje todo cuanto pude, mientras yo venía hacia las Bahamas mataron a Boris Zarin…

—Que es el hombre que tú sacaste a rastras del dormitorio.

—Exactamente. Ivan Rovanin fue quien lo mató. Luego, puesto que sabía que yo vendría y él me conoce, me esperó escondido en la cabaña, para matarme y seguir con su negocio con Gillis, Morrison y Lambert. No hace mucho ha llegado a Nassau, en avión particular, el último de los confabulados en esto: Anton Karianof. Ha llegado con dos hombres más… Y ahora Anton Karianof, Gregory Lambert, Douglas Morrison y Darren Gillis están dando los últimos toques a su plan de acción. Pero nosotros vamos a ir allá a matar a Karianof: de este modo no podrán hacer nada.

—¿Y qué es lo que se proponen hacer, según tú?

—Van a volar una fábrica de armamento del Estado. Va a ser un sabotaje que traerá muchas complicaciones, Brigitte.

—¿Por qué? ¿Qué complicaciones?

—¿No lo entiendes? Gillis, Morrison y Lambert están pagando a Anton Karianof y a Ivan Rovanin para que utilicen hombres del espionaje ruso en ese sabotaje… Rovanin y Karianof han hecho creer a un buen número de nuestros agentes que la orden de volar esa fábrica de armamento del Estado proviene de Moscú. De modo

que no menos de veinte compañeros míos leales al servicio y residentes en Estados Unidos van a tomar parte en esa voladura, en ese sabotaje… Es un proyecto muy ambicioso, pero Rusia no lo ha ordenado.

—Ya veo, ya veo… Sin embargo, como esos veinte agentes vuestros han sido engañados por Karianof y Rovanin volarán esa fábrica de armamento. Entonces Karianof cobrará a Gillís y a los otros dos lo convenido.

—Exactamente. Es más que posible que en ese ambicioso y estúpido sabotaje mueran algunos de nuestros agentes… Cuando se encuentren sus cadáveres serán investigados, identificados… El FBI llegará muy pronto a conclusiones sobre lo sucedido. Pero no sabrán que esos agentes rusos no han recibido órdenes de Moscú, sino de tres ambiciosos ciudadanos norteamericanos y dos traidores rusos llamados Karianof y Rovanin.

—Muy lógico, querido Viktor. Pero dime una cosa: ¿qué ganarán Gillis, Lambert y Morrison con ese sabotaje?

—Vender su exceso de producción de armamento al Estado. De lo contrario están arruinados.

—Vaya… No se andan con tonterías, según parece. Destruyen una fábrica estatal de armamento convencional y entonces venden ellos sus excedentes de producción que tienen almacenada. Buena idea, sí.

—Lo más malo será que Estados Unidos creerá que el sabotaje es obra de Moscú. La coexistencia va a sufrir un duro golpe, retrocederemos a épocas muy anteriores a este abril de mil novecientos sesenta y seis, haremos más largo el camino hacia la amistad de nuestras respectivas patrias… ¡Y la MVD habrá sacrificado a Viktor Yedorev para no conseguir nada!

—¿Te han sacrificado, Viktor? ¡Pobrecito!

—Veo que no me crees, pero yo salí voluntario de Moscú para impedir todo esto. Como espía bien conocido sé que me localizaron a mi paso por Europa, pues tuve que hacer las cosas a toda prisa… No me importó. No me importa quedar definitivamente fuera de juego como espía, ni siquiera me importaría que me matasen… ¡Pero tengo que impedir eso, Brigitte!

—Va a resultar que eres un ángel en lugar de un cuervo.

—¿Un cuervo? Está bien, como quieras, soy un cuervo…, pero

estamos perdiendo demasiado tiempo. ¡Tenemos que ir ahora mismo a ese yate! Si los dejamos salir llegarán al aeropuerto, subirán a ese avión, regresarán a Miami, y en toda esta noche, mientras todo el mundo creerá que Gillis, Lambert y Morrison están en las Bahamas, ellos y Karianof dirigirán ese sabotaje. Regresarán antes del amanecer, tendrán su coartada… ¡y Rusia cargará con las culpas!

—Tu sacrificio es enternecedor, Viktor. Pero no puedo creerte. Admito, eso sí, que tu imaginación, tu rapidez de improvisación, es fabulosa… Pero hace años que dejaron de impresionarme los cuentos chinos, y no va a impresionarme ahora un cuento ruso.

—¡Te estoy diciendo la verdad!

—La verdad la dijiste hace rato, cuando me golpeaste con la pistola y me dejaste atada de pies y manos para poder venir tranquilamente a matar a Simón.

—Ni siquiera sé quién es ese Simón… ¡No miento, Brigitte!

—Simón es el hombre que me dio las llaves del coche que tú me robaste para ir a recibir a tus amigos al aeropuerto.

—Brigitte… Brigitte, mariposilla, atiende: te golpeé para quitarte de la circulación, para evitarte peligros… Por eso, cuando fui a recogerte y no te encontré vine hacia el balandro donde sabía que estaba el hombre que tú llamas Simón. No lo he matado yo, no he recibido a nadie en el aeropuerto, porque Anton Karianof llegó con dos hombres más que le guardan las espaldas. Supe que venían hacia el yate, y me detuve a recogerte para asegurarme de que estabas bien. Por eso he venido aquí… Ahora todo lo que tienes que hacer es marcharte, y yo arreglaré las cosas. No quiero que corras ningún peligro, mariposilla. Yo lo haré todo, por ti y por Rusia.

—¿Debo aplaudir, *signore* Amadeo? Buena representación, pero ni siquiera se te ocurra preguntarme si te creo: por supuesto que no.

—Brigitte: te amo. No te miento en esto…, ni en nada.

—De donde se desprende que precisamente esta vez el vuelo del cuervo es dulce, bondadoso, angelical… El gran sacrificio por el amor de una mujer a la que hace tan sólo un día ni siquiera conocías.

Yedorev miró angustiado hacia el Arrecife, anclado cerca de allí.

—Se van a marchar en el avión —susurró—… Anton Karianof ha venido a recogerlos, regresarán juntos enseguida a Estados Unidos,

llevarán a cabo el sabotaje…

—Es una verdadera pena —se condolió irónicamente Brigitte—. Y ahora vuélvete de espaldas. No quisiera truncar el dulce vuelo del cuervo, si puedo evitarlo. Vuélvete…, por favor.

—Supongo que vas a golpearme. Entonces nada habrá servido de nada. ¡Brigitte, te ruego…!

—He dicho que te vuelvas —cortó ella secamente.

Viktor Yedorev inició el movimiento para volverse, pero de pronto saltó hacia Brigitte…, que parecía temer algo parecido, porque no se sorprendió, ni perdió la compostura; simplemente, apretó dos veces el gatillo de su pistola, apuntando al estómago del espía soviético. Éste quedó de rodillas en la cubierta, con las manos crispadas en el estómago, mirando incrédulamente a Brigitte, que, sentada junto a la borda buscando allí el apoyo para su espalda, lo miraba fríamente.

—Brigitte… Brigitte, no…

—Es lamentable interrumpir el vuelo, ¿no es así, Viktor?

—No has debido… no has debido disparar… Sólo quería…

—Sé muy bien lo que querías, amor.

—No, no… Yo te… te amo, Brigitte, te… te amo…

—Yo también hubiera podido amarte mucho si no hubiera sabido en todo momento lo que podía esperar de ti, de Viktor Yedorev, el implacable servidor de la MVD soviética.

—Esta vez estás… estás… equivocada…

De pronto Viktor Yedorev rodó por la cubierta. Quedó tendido cara al cielo, con las manos crispadas en el agujereado estómago, jadeando. Allá parecía terminar el dulce vuelo del cuervo. Brigitte ni siquiera se molestó en rematarlo. Por el contrario, pensó que si los que venían a recoger a Simón conseguían salvar también la vida a Yedorev obtendrían una buena presa para interrogar y para canjear…

Recogió la pistola de señales.

—Brigitte… Bri… gitte…

Miró de nuevo al espía ruso y movió la cabeza.

—Ahorra energías, Viktor —aconsejó—. Ahora vendrán a buscarte, y es posible que salves la vida… de momento. Y con un poco de suerte por tu parte tal vez dentro de un tiempo podrás ser canjeado.

—No… no me importa… eso… Brigitte, ve… ve a ese yate… y… y mátalos… a todos…

—Es una buena idea, querido.

Se apartó de él, apuntó la pistola de bengalas al cielo, y disparó.

Capítulo IX

Darren Gillis frunció el ceño al ver a través del ventanal aquella miríada de luces de colores. Morrison también se fijó en ello, y ambos cambiaron una mirada.

—Parece una bengala —gruñó Gillis.

—Lo único que faltaba para distraernos más y hacernos perder más tiempo —dijo Anton Karianof, malhumorado—. Si queremos hacerlo esta noche, que es el mejor momento, tenemos que ir allá rápidamente. A menos que se echen atrás.

Se quedó mirando a los fabricantes de armas norteamericanos, uno a uno, despacio, expectante. Era un hombre alto, de hombros poderosos y mirada viva y siempre alerta.

—¿Por qué tendríamos que echarnos atrás? —rezongó Lambert.

—Ustedes sabrán. Quizá les ha entrado miedo por las muertes que ha habido: Zarin, Rovanin, Egan, Wolf, James…

—También ellos han tenido bajas —sonrió Perry—. Lo que menos esperaba aquel tipo del balandro era que le estuviese esperando dentro. Se acercó con muchas precauciones, mirando a todos lados del embarcadero… Cuando entró sólo tuve que dispararle y marcharme.

—Pero falta esa mujer —dijo Gillis—… Y Viktor Yedorev.

—Ésos caerán —aseguró Karianof—. Mis dos amigos van a quedarse en Nassau, con Perry, y ya verán cómo ellos los encuentran y los liquidan.

Señaló a sus dos guardaespaldas, que ni siquiera parpadearon. Secos, fríos, impávidos, como si la cosa no fuese con ellos. Afuera, las lucecitas de la bengala seguían descendiendo.

—Está bien, Karianof, saldremos inmediatamente. Y tú, Perry, ya has oído lo que tenéis que hacer los tres.

—Sí, señor Gillis. Descuide: los mataremos a los dos.

—Así lo espero. Lo mejor sería que en cuanto nos hayamos

marchado nosotros uno de vosotros fuese a ver cómo están las cosas en ese balandro… Tarde o temprano tienen que aparecer por allí, pues el tipo que has matado estaba en relación con la chica, y ésta con Yedorev… Cuando nos hayamos marchado —señaló a los amigos de Karianof— uno de ustedes se quedará vigilando el yate, el otro se apostará en el balandro, y tú, Perry, te darás una vuelta por Nassau, a ver si los localizas, en cuyo caso vienes a por estos dos y vais a matarlos adonde sea, con rapidez y sin más fallos. ¿Entendido?

—Desde luego, señor Gillis.

—Bien. En ese caso…

—¿Y yo qué hago? —preguntó de pronto Dorothy.

Darren Gillis sonrió a la rubita de ojos azules.

—Tú, queridita, deberías quedarte aquí, sin moverte del yate… No sería lógico que salieses sola. Todo el mundo tiene que creer que nosotros permanecemos en el yate mientras…

—¿Mientras vuelan una fábrica de armamento del Estado?

La voz había sonado tras ellos y en tono alto. Una voz calmada, femenina, insólitamente suave. Los dos pistoleros de Karianof fueron los más rápidos en volverse, llevando la mano a su axila…, pero Brigitte disparó antes, una sola vez…, y cuando uno de ellos recibió la bala en centro de la frente y cayó rodando por el piso, el otro quedó inmóvil como una estatua.

—Un asesino menos —sentenció Brígitte—. Les ruego a todos que no se muevan, señores. No se muevan nada, por favor.

Acabó de bajar al saloncito, siempre cubriendo a los reunidos con su pistola, que empuñaba con firmeza; en cuanto a su puntería y decisión para matar ya habían tenido una muy contundente muestra. Todos la miraban fijamente, en silencio, calculando las posibilidades de dominarla, de liberarse de aquella inesperada situación.

Por fin, fue Gillis quien habló, amablemente.

—Precisamente estábamos hablando de usted, señorita.

—Algo he oído —replicó ella, con voz tensa ahora—. Entonces… ¿Viktor tenía razón? ¿Ustedes pretenden volar esa fábrica estatal de armamento utilizando agentes secretos rusos?

—Digamos que estamos… luchando por nuestra supervivencia.

—¿La supervivencia de su fábrica de armas, señor Morrison?

—Por supuesto.

—Ya… Definitivamente: ¿tenía razón Viktor Yedorev al decirme que eso era lo que pretendían…, lo que pretenden?

—Sería una tontería tratar de negarlo ahora —sonrió Lambert.

Brigitte palideció intensamente. Entonces… Entonces, Viktor no le había mentido, su vuelo había sido en verdad dulce, había querido evitar que en Estados Unidos ocurriesen cosas que endureciesen las cada vez más relajadas relaciones rusoyanquis… Había volado para luchar contra sus propios compatriotas, para evitar un perjuicio a Estados Unidos, una fricción internacional, unas cuantas absurdas muertes en uno y otro bando. Y ella… ¡Ella había matado a Viktor Yedorev!

—Vuélvanse de espaldas —ordenó con voz ronca y temblorosa.

La obedecieron lentamente, mientras ella se desplazaba hacia el radioteléfono. Ni siquiera precisaba la directa intervención de la CIA, en aquel momento. Todo lo que tenía que hacer era llamar por el radioteléfono a la central de éste, para que desde aquí avisaran a la Policía indicándole que fuesen al yate Arrecife…

Pero de pronto entró en acción la persona que menos interés y preocupación le había causado: la rubia muchachita de ojos azules, Dorothy Salder, que saltó contra ella esgrimiendo las uñas y chillando como enloquecida… Brigitte vaciló en disparar, y decidió que un golpe bastaría para dominar a aquella tonta histérica… Le dio con la pistola en la boca, de lleno, derribándola de rodillas ante ella. Pero la rubita se levantó inmediatamente, gritando cada vez más, escupiendo sangre a todos lados y, evidentemente, dispuesta a continuar la lucha.

Anton Karianof aprovechó la ocasión para disparar contra Brigitte, pero la bala fue a clavarse en la espalda de Dorothy Salder, empujándola brutalmente por la cintura, de modo que se dobló hacia atrás lanzando un grito más agudo que los otros, un alarido de agonía.

Casi al mismo tiempo que Brigitte disparaba contra Karianof, acertándole de lleno en la garganta, la cabeza del segundo pistolero estallaba también, al compás de un leve chasquido apenas audible dentro del yate.

—¡Viktor! —exclamó Brigitte.

Yedorev estaba en mitad de la escalerilla que comunicaba con

cubierta, muy pálido, con una ensangrentada mano crispada en el estómago; en la otra mano tenía su pistola, que disparó ahora contra Gillis en el momento en que éste se disponía a hacerlo contra Brigitte. Darren Gillis emitió un agudo grito, que se truncó bruscamente cuando dio de cabeza contra la pared y cayó tendido a lo largo del diván, con una pierna y un brazo colgando. Morrison y Lambert parecían buscar cobijo detrás de Perry, cuya palidez casi resultaba mayor que la de Viktor Yedorev.

—No dispare —chilló Morrison, temblando—. ¡No dispare más!

Yedorev los miraba fijamente. Parecía a punto de derrumbarse de un momento a otro, pero todavía aguantaba, apoyado de cualquier modo contra los peldaños de madera, firme la pistola apuntada hacia los tres hombres.

—¿Estás… estás bien, Bri… Brigitte…? —jadeó.

La bellísima espía americana no estaba bien. Temblaba convulsivamente, pero no de miedo, sino de arrepentimiento, de pena, de horror, de odio hacia sí misma por lo que había hecho con aquel hombre que se estaba muriendo y se arrastraba por un embarcadero, y por un yate, dejando trizas de su cuerpo en todas partes…, para ayudarla a ella, para protegerla realmente, para dedicarle los últimos alientos de su vida… que ella había segado.

—Sí —pudo sollozar por fin—… Sí, Viktor, estoy… bien.

—Se-será… m-m-mejor que… que salgas… de este… lugar…

—No. Te ayudaré a…

De pronto se dio cuenta del tono rojo que mostraba el cielo, visto a través de la cristalera del saloncito. Ni mucho menos tenía nada que ver con la bengala, por otra parte ya extinta, aquel resplandor rojo, móvil, que parecía agigantarse velozmente como un enorme fantasma que comenzó a quedar envuelto en negro y espeso humo…

—¡Viktor! ¿Qué has hecho?

—He… quemado… el yate con… con gasolina… Nadie… nadie más que tú… va a escapar, mariposilla… Vete ya… Vete, mi… amor…

Los tres asustados prisioneros miraban también hacia el rojo resplandor. Perry lanzó un grito de rabia al comprender lo que se proponía Yedorev, y llevó la mano hacia donde guardaba la pistola…

Plop.

La pistola provista de silenciador de Viktor Yedorev disparó otra bala, que acertó en pleno corazón a Perry, tirándolo con fuerza por el piso, rodando… Viktor continuaba mirando a Morrison y Lambert, con una aterradora expresión maligna en los ojos.

—¿De modo… que pretendían… matar a… a Brigitte…? —jadeó.

Los dos se pasaron la lengua por los labios, repartiendo sus aterradas miradas entre las llamas que empezaban a verse afuera cada vez más altas y la pistola que empuñaba el ruso. De pronto, éste se echó a reír, mientras apretaba una y otra vez el gatillo de su pistola.

Lambert y Morrison recibieron todas las balas, repartidas entre ambos, girando de un lado a otro a cada balazo, chocando entre sí, cayendo de rodillas y siendo empujados una y otra vez por el plomo hasta que se agotó la carga en la pistola de Viktor.

Fue como el punto final también para la vida del espía soviético. La pistola escapó de su mano, sus piernas se doblaron, el cuerpo osciló hacia adelante… Cayó rodando por el piso y llegó cerca de donde Brigitte, arrodillada de lado, parecía petrificada, incapaz de moverse. Pero lo hizo.

Reaccionó para acercarse más a Yedorev y le tomó el rostro entre las manos, tiernamente.

—Viktor… Viktor…

—Sal… de… de aquí…

—Voy a ayudarte a salir. Podremos salvarnos los dos, amor mío…

—Quiero que-quedarme… No quiero… convertirme en… en carroña… Déjame aquí, y que… que el yate arda… hasta consumirse…

—¡No, Viktor! ¡Todavía puedes vivir! ¡Todavía tú y yo…!

Aquella sonrisa viril, dulce y amable, apareció en el rostro de Viktor Yedorev, mientras su voz brotaba en un susurro:

—Adiós, ma… ripo… silla…

Su cabeza se ladeó. Un fino hililllo de sangre apareció por un lado de su boca. Brigitte estuvo unos segundos como atónita contemplando el cadáver de Viktor Yedorev. Todavía notaba en sus manos el suave calor de aquellas mejillas varoniles… Y el calor de

sus propias lágrimas en sus mejillas.

—Adiós —dijo con voz rota por la emoción—… Adiós, cuervo… La paloma, la… mariposilla, ha cumplido su misión: matar un cuervo.

Y rompió a llorar.

Este es el final

—Lo lamento —murmuró Pitzer—… Lo lamento de veras, Brigitte. Ella asintió con un gesto.

—Lo contrario sería inhumano, tío Charlie. En realidad creo… creo que Viktor nos ha dado una lección a todos.

—En cierto modo así es —admitió el jefe de la CIA en el Sector New York—. Yo… quisiera preguntarle una cosa, Brigitte… Ah, olvidaba darle una buena noticia.

—¿Hay buenas noticias en el mundo?

—No sea sarcástica. Es sobre su simpático Simón-Nassau: me han informado de que vivirá.

—Me alegra saber eso. Pocas veces he tenido un colaborador tan atento y eficaz. Y además simpático, en efecto. Un poco duro quizá, demasiado implacable… Pero eso es lo que se espera de un agente secreto, ¿no?

—Temo que se está burlando de mí —rezongó Pitzer—. Y creo que debo recordarle que cada persona cumple una misión en la vida.

—Por supuesto. Hay médicos, por ejemplo, que ayudan a los niños a venir al mundo. Y hay gente que, andando el tiempo, provocan situaciones que dan lugar a que esos niños abandonen este mundo. Así que hay médicos, niños, guerras, espías, cuervos y palomas…, y cada cual hace una cosa diferente. Pero a mí nadie va a convencerme de que algunas de las personas que se van no merecerían permanecer aquí más tiempo, y algunas de las que se quedan deberían… ser eliminadas cuanto antes mejor. En fin, tío Charlie, que no creo que seamos nosotros quienes podamos decidir cuál es nuestra misión…, si no nos dejan ni siquiera disponer libremente de nuestras vidas.

Pitzer se mordió los labios y se quedó mirando la copa de champán con guinda que Peggy le había llevado a la terraza.

Brigitte, en bikini, tomaba con indiferencia el turbio sol de Manhattan… Era como si nada hubiera pasado, como si nada hubiese ocurrido en los últimos días… Allí estaban los dos, un tanto sombríos, en la alegre terraza con piscinita, con palmeras enanas, con flores, con parasoles…

—Creo que debo marcharme ya —musitó Pitzer.

—Se lo agradeceré —aceptó enseguida Brigitte—. De cuando en cuando es bueno quedarse solo y pensar… ¿Qué pregunta era la que quería hacerme?

—Ah, sí… Bien, me gustaría saber si Viktor Yedorev era tan hábil como decía su fama, tan… amable cuando convenía, y tan… tan cuervo a la vez.

—¿Cuervo? —sonrió dulcemente Brigitte—. Mi querido tío Charlie, Viktor Yedorev no era un cuervo: era una hermosa y noble águila imperial.

F I N

Notas

[1] Referencia a la aventura titulada *El salario de los espías*, publicada en el Volumen 1 de esta serie. <<

[2] Referencia a la aventura titulada *Siempre surge la muerte*. <<